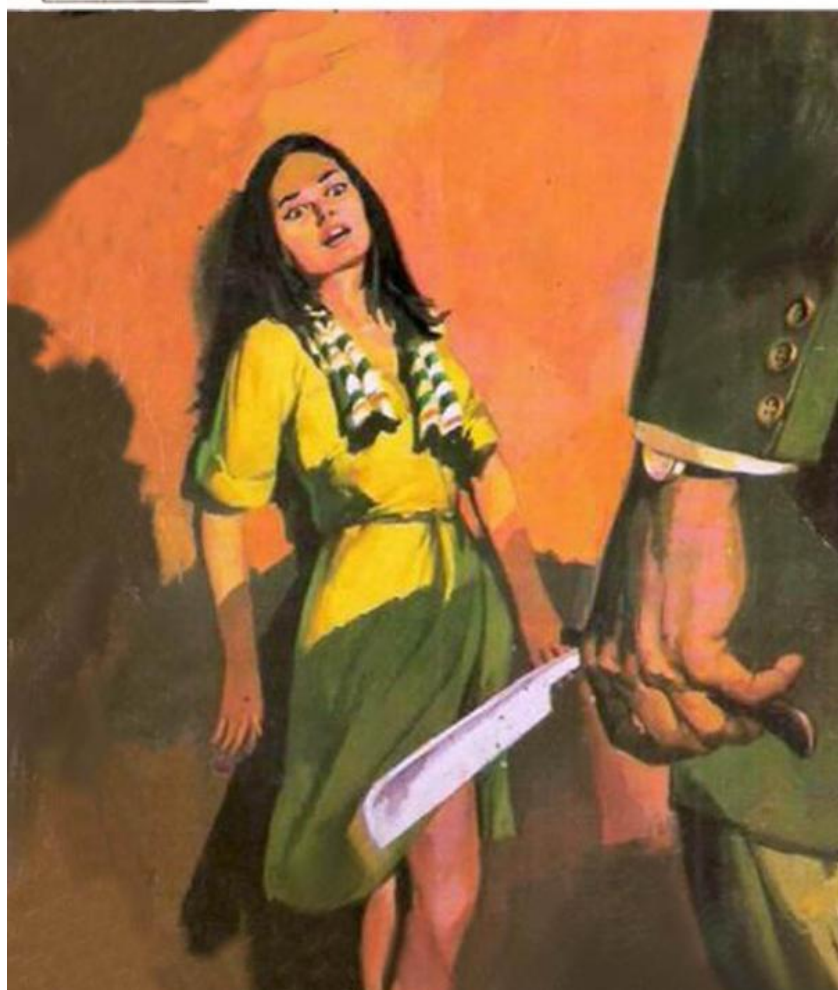


BOLSIBROS BRUGUERA
PUNTO
ROJO

felizmente envenenados

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

FELIZMENTE ENVENENADOS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 517
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 173 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1972

© KEITH LUGER - 1972

texto

© ENRIQUE MARTIN - 1972

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.261.— La historia de Mike, *el Fino*.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.121.— Un infierno de hermosas mujeres.

En Colección BUFALO:

956.— Ojos astutos y crueles.

En Colección SALVAJE TEXAS:

729.— La venganza es mi oficio.

En Colección KANSAS:

667.— Mala hierba nunca muere.

En Colección BRAVO OESTE:

581.— Tres hombres van a morir.

En Colección PUNTO ROJO:

509.— Adivinen que B. B. viene a matarme.

En Colección CALIFORNIA:

752.— La historia de Buby, *el Llorón*.

En Colección ASES DEL OESTE:

575.— Cita con el diablo.

En Colección COLORADO:

610.— ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

116.— ¡Dejad vuestros revólveres!

En Colección BISONTE, SERIE AZUL:

64.— El galante caballero de Jericó.

CAPÍTULO PRIMERO

Teddy Brook había tenido un mal día.

En su zurrón solo llevaba un mendrugo de pan, y estaba duro.

Se había ofrecido en tres casas para cortar la hierba del jardín, pero las tres veces rehusaron su oferta. ¿Qué les pasaba a los maridos americanos? ¿Es que ahora tenían más tiempo libre y querían cortar ellos la hierba del jardín? ¿O las mujeres americanas ya no se fiaban de los vagabundos honrados? Porque él era un vagabundo honrado. Pero, naturalmente, no daban credenciales en la que se pudiese leer: Teddy Brook, cincuenta años, nacido en Chicago. Vagabundo honrado».

Un perro le ladró y echó a correr.

No le gustaban los perros. Instintivamente se llevó las manos a las nalgas. Allí tenía las huellas de los dientes de un perro. Muchas veces le habían destrozado los pantalones.

Se apartó del pueblo donde había tenido tan mala acogida. ¿Cómo se llamaba? Oh, sí, Tiger Port. Estaba al lado de un lago.

¿Por qué no se iba de una vez a Nueva York? En Nueva York tenía amigos. Le bastaría acercarse a la estación ferroviaria y meterse en uno de los vagones que transportaban ganado o cualquier otra mercancía.

Pero el otoño era maravilloso en aquella región de los lagos. En cuanto empezase a caer la primera nieve en las cumbres, se largaría a Nueva York. Era probable que su viejo amigo Edward Milton conservase aquel apartamento donde había pasado el invierno anterior. Y Edward sabía elegir el mejor *whisky*.

Vio el lago y las cabañas diseminadas por la suave ladera.

Demonios, aquellas cabañas pertenecían a gente rica. Todas contaban con cochera y hasta con embarcadero particular.

Tenía ganas de viajar en una de aquellas lanchas con motor fuera borda. También le habría gustado pescar en medio del lago. Sabía que en el lago había truchas de cuatro y cinco kilos. Pero todo lo mejor era para los millonarios, incluidas las truchas de cuatro o cinco kilos.

Aquellas cabañas estaban ocupadas durante el verano, y ahora, los millonarios solo iban allí a pasar el fin de semana, de viernes a domingo.

Y aquel día era lunes. Ya habrían regresado a la ciudad porque no veía a nadie.

Aunque debería tener cuidado con los policías patrulleros. Siempre rondaban por los lugares donde había gente con dinero. Debían defender sus propiedades.

Se acercó a la primera cabaña.

La gente siempre se olvidaba de algo, por ejemplo, de cerrar una ventana. Entraría en una de aquellas cabañas y daría con un frigorífico bien repleto. Sí, aquella gente podrida de dinero tenía buenos alimentos. Los mejores. Y también un buen *whisky*. El mejor. Y en los dormitorios había buenas camas. Las mejores.

Demonios, cada vez le gustaba más el plan. Podía permanecer en una de aquellas cabañas hasta el viernes, el día que los millonarios hacían huelga de brazos caídos, si es que los habían movido durante el resto de la semana, y se iban a sus cabañas desde la gran ciudad de Nueva York, cuyo índice de contaminación era cada vez más alto.

Vio otra cabaña. Parecía también cerrada y pasó de largo.

Se detuvo de repente. Estaba viendo entreabierta la puerta de una cabaña. Soltó una maldición. Sus cálculos estaban equivocados. Allí había gente. No, no podría hacer nada. Tendría que retirarse porque si lo veían entrar en una de las casas llamarían a la policía. Y él no quería ir a la cárcel. No, ya había tenido bastante con los cuatro meses que pasó en la mazmorra.

Tenía hambre. Muy bien. Llamaría a la puerta y, cuando saliese la señora, le diría: «Oiga, puedo cortarle la hierba del jardín, o partirle leña para la chimenea, o cualquier otra cosa que usted pueda necesitar. Y a cambio, solo le pediré un plato de comida y un par de dólares». Eso es lo que le diría.

Subió al porche, cuya puerta estaba abierta y pulsó el timbre.

Del interior le llegó el sonido del carillón.

Se pasó la mano por la crecida barba. Su aspecto no debía ser muy bueno. ¿Cuántas mujeres habían gritado al verlo? Muchas. Las histéricas sobre todo, que solo juzgaban por el aspecto y pensaban de él lo peor, que podía ser un salteador. Pero él no robaba. Ah, no,

eso sí que no. El solo era un hombre que iba por la vida. Qué hermosa definición, un hombre que iba por la vida.

Nadie había acudido a su llamada y apretó otra vez el botón.

De nuevo oyó el campanilleo en el interior. Transcurrió un minuto, dos. ¿Por qué no le abrían?

Empujó la puerta.

—Eh, oiga... ¿hay alguien ahí?

Nadie le respondió.

Estaba viendo un vestíbulo y una escalera que conducía al piso superior.

Quizá el inquilino se había dormido.

—¡Señora...! ¿Puede escucharme?

Esperó otro minuto. No, nadie le había escuchado. Entró en el vestíbulo y se detuvo observando el *living*. Era tal como imaginaba, hermoso, con grandes sillones y un sofá maravilloso, donde él podría dormir muy a gusto. Y en la chimenea ardía un tronco. Y eso quería decir que en la casa debía haber alguien.

Caminó hacia la escalera y miró arriba.

—Eh, oiga, estoy aquí... Soy un buen hombre... Me llamo Teddy Brook. Me gano la vida trabajando... ¿Me oyen? Está hablando Teddy Brook.

Tampoco le respondieron y volvió a entrar en el vestíbulo.

Entonces vio el papel que estaba sobre la mesa. Se acercó lleno de curiosidad. El papel estaba escrito. Se inclinó sobre él y leyó en voz alta:

«El día de hoy es malo, y cada día será más malo,
hasta que llegue el peor».

Eso era todo.

Teddy lo leyó otra vez. Demonios, parecía que la frase se la habían dedicado a él, como si supiesen que iba a llegar. Sí, él había tenido un día muy malo. Pero no estaba conforme con eso de que cada día próximo sería más malo.

«Teddy, eres un tipo grande. Sabes entender a la gente. ¿Y cómo no vas a entenderla si llevas veinte años recorriendo el país? ¿A cuántas personas has conocido, Teddy? Millares. Sí, señor, eres un hombre con una gran experiencia. ¿Y qué es lo que sirve hoy más

que nada? La experiencia, Teddy, la experiencia».

Pero tenía hambre.

¿Y si los habitantes, de aquella casa se habían ido al lago? Eso es. Estarían pescando.

Sabía dónde estaban las cocinas. Todas las cabañas tenían una distribución parecida.

Pasó otra vez junto a la escalera y fue por un pequeño corredor hasta la cocina. Vio una puerta trasera a la que habían echado el cerrojo desde dentro.

Y el frigorífico era de gran tamaño. Lo abrió. Sus piernas le flaquearon y su boca se le hizo agua. Allí había alimentos para una semana. Un pato, dos pollos, tomates, pimientos y latas, muchas latas, de carne, de pescado. Pensó cargar el zurrón con todo aquello y echar a correr.

«Teddy, dijiste antes que no eras un ladrón. Y no puedes justificarte diciendo que la casa está abandonada. No, muchacho. No puedes hacer eso».

En un plato había restos de pollo. Cogió un muslo y lo devoró en pocos instantes. Arrojó el hueso en un cubo de plástico.

¿Qué hacía? Estaba indeciso. Saldría al porche y echaría un vistazo al lago.

Regresó al vestíbulo y estuvo tentado de subir la escalera. Podría haber ocurrido que las personas que se encontrasen allí se hubiesen dormido. Pero, ¿por qué entonces estaba la puerta entreabierta?

Salió al porche y miró al lago.

Estaba atardeciendo. El sol era un disco color naranja.

Se había levantado una ligera brisa y olió algo extraño.

Respiró profundamente.

Sí, aquel olor persistía. Miró hacia la izquierda, a la cochera. Estaba cerrada y por debajo de la puerta salía humo. Demonios, se podía estar quemando algo dentro.

Bajó rápidamente y llamó en la puerta de la cochera.

—Eh, ¿hay alguien? ¡Abra!

Tampoco le contestaron.

Un poco inquieto dio la vuelta a la cochera y vio una ventana. Miró por los cristales y quedó perplejo al ver en el interior mucho humo.

Ya no dudó un instante. Buscó una piedra a su alrededor, pero

no la encontró porque solo había hierba.

Pero un poco más allá descubrió una rama seca. Tenía el grosor de su brazo. La cogió con las dos manos y, levantándola, la descargó sobre la ventana.

El cristal saltó en pedazos y el humo salió por el hueco.

Se puso de puntillas y tuvo mucho cuidado en pasar el brazo para no cortarse con los cristales que habían quedado. Despasó la falleba de la ventana y pudo abrir ésta. Luego pegó un salto y pasó al interior. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Allí había humo para matar a un regimiento.

Matar. Matar. Aquella palabra siguió repercutiendo en su cerebro.

Vio un automóvil. Era uno de aquellos coches de los millonarios. Uno de marca extranjera.

—¡Dios mío, que dentro no haya nadie! —se oyó decir.

Abrió la portezuela delantera.

No, no había nadie, pero al mirar atrás sintió que el corazón le golpeaba contra las costillas.

A través de las lágrimas vio a un hombre y una mujer. Estaban abrazados.

Abrió rápidamente la portezuela trasera y observó otra vez a la mujer y al hombre. La posición de ambos no dejaba lugar a dudas. Parecían muertos.

Entró en el coche y se inclinó sobre el hombre y la mujer. Eran jóvenes, muy jóvenes.

Le puso a ella la mano en el corazón. No, no latía. Le tomó el pulso y la mano colgó flácida. ¡Muerta! ¡Estaba muerta!

Apartó al joven y el cuerpo se venció hacia el otro lado y la cabeza golpeó contra la portezuela.

El pánico le sobrecogió. No, ya no podía hacer nada por ellos. Pero su deber era avisar a la policía.

Corrió hacia la casa enloquecidamente y se dio cuenta de que estaba tosiendo y de que por sus mejillas resbalaban las lágrimas.

CAPÍTULO II

Aquella parte del lago había cambiado mucho desde su llegada, pensó Teddy Brook.

Ahora habían dos coches de la policía, una ambulancia y mucha gente.

Teddy vio cómo sacaban los dos cuerpos de la cochera, en camilla.

—¿Quiénes son? —preguntó.

El policía que estaba a su lado, dijo:

—¿No lo sabe?

—Claro que no. No soy de aquí.

—Dentro de nada estarán en Tiger Port todos los periodistas de Nueva York.

—¿Por qué?

—Tiene que ver con lo que usted preguntó.

El policía frisaba los treinta años y lo estaba cuidando a él mientras su jefe, el *sheriff* de Tiger Port, Charles Lamont, y sus ayudantes, examinaban la cochera.

—Entérese, Teddy —dijo aquel policía que había dicho llamarse Roland Meyer—. La chica es Pétula Howard. Una millonaria.

No le había dicho nada nuevo, pensó Teddy. Habías acertado en todo. En que podría encontrar una cabaña donde poder entrar, en que en el frigorífico encontraría selectos alimentos. Pero no había adivinado que encontraría dos cadáveres.

—Nunca he oído hablar de Pétula Howard, señor Meyer.

—¿Y de Richard Howard?

—Tampoco.

—Oh, claro, ¿qué va a saber usted? Es solo un vagabundo, ¿verdad?

—Sí, señor, un vagabundo.

—¿O también es un asesino?

—¿Yo un asesino?

—Usted los descubrió.

—¿Quiere decir que yo los pude matar?

—Exactamente.

—Yo no he matado a nadie.

—Ni a una hormiga, ¿eh?

—Puedo matar a una hormiga cuando la piso sin darme cuenta.

—Es muy humano, señor Brook —repuso Meyer con ironía.

—Tengo buenos sentimientos, si a eso se refiere.

—Oh, sí, usted abrió la ventana para entrar en la cochera.

—Eso no tiene ningún mérito. Cualquiera otro lo hubiera hecho en mi lugar —Teddy hizo una pausa para ver las dos camillas que estaban metiendo en la ambulancia.

—¿Y quién era él?

—El de turno, el hombre que estaba con ella. Simplemente eso. ¿Lo entiende, señor Brook?

—Sí, creo que lo entiendo. Ella es la que importa para usted porque es millonaria y él era un cualquiera. ¿Fue eso lo que quiso decir?

—No me diga eso, amiguito. No vaya tan lejos, amiguito. Tenga cuidado con lo que dice, amiguito.

A Teddy no le agradaba aquel policía.

El *sheriff* tendría unos cuarenta años y era rubio, de ojos verdosos. Llevaba una chaqueta de cuero y sombrero de color gris. Había sacado un pañuelo con el que se enjugaba la cara. Hizo chasquear los dedos hacia el conductor de la ambulancia y ésta echó a correr con los cadáveres que llevaba dentro.

Al lado del *sheriff* había un hombre con un maletín. Los dos hablaron y el *sheriff* sacudió varias veces la cabeza. Y entonces el hombre del maletín entró en un automóvil y se fue tras la ambulancia.

El *sheriff* dio órdenes a sus colaboradores y éstos se dispersaron. Dos policías volvieron a entrar en la cochera y tres se pusieron a examinar los alrededores.

El *sheriff* subió al porche.

El policía Meyer se apartó para que su jefe se enfrentase con el vagabundo.

—Bien, Teddy, me gustaría que me dijese la verdad.

—Llegué aquí y vi la puerta entreabierta...

—No siga, Teddy. Eso ya lo repitió hasta tres veces.

—No tengo nada más que decir.

El *sheriff* Lamont observó unos instantes la cara de Teddy y luego miró hacia el lago.

El sol ya había terminado de ocultarse y estaban cayendo las primeras sombras.

—Se suicidaron —rezongó el *sheriff*.

Teddy preguntó:

—¿Por qué lo hicieron?

—Cosas de los jóvenes de hoy. ¿No lo ha oído, Teddy? La juventud está desquiciada...

—Pero ella lo tenía todo. ¿No es verdad, *sheriff*? Era hija de un millonario.

—Sí, Teddy. Pero usted no lee las estadísticas... Son ellos, los millonarios, los que dan el porcentaje más alto de suicidio...

—¿Qué edad tenía ella, *sheriff*?

—Dieciocho años.

—Dios mío, dieciocho años. Estaba en la flor de la vida.

—Es lo que se dice siempre.

—¿Qué sabe de él?

—Se llamaba Rock Miller. Estudiaba Derecho en la Universidad, lo mismo que Pétula Howard. Compañeros de estudios. Y vinieron aquí a morir. Qué asco...

—Él no parecía tener más de veintidós años.

—Todavía los tenía que cumplir.

—El *sheriff* se enfrentó con el policía:

—Roland, ¿los viste tú?

—No, señor.

—¡Maldita sea! ¡No los vio llegar nadie! Esta cabaña estaba cerrada la semana pasada.

—Sí, señor. De eso estoy seguro. Quiero decir que no había en ella ningún hombre. Yo pasé por aquí el sábado y solo estaba ocupada la cabaña de los Buchanan. Y también pasé el domingo y vi a los Buchanan. Se iban a pescar al lago. Por cierto que el señor Buchanan me preguntó si había visto a Richard o a Paul Howard. Dijo que no los veía desde hace un mes. Desde luego, no me preguntó por la señorita Howard.

—¿Quién estaba con el señor Buchanan?

—Su mujer.

El *sheriff* Lamont miraba hacia la cabaña que estaba a cien metros y Teddy pensó que tenía que ser la de los Buchanan.

Meyer carraspeó.

—No le envidio, jefe. Va a pasar un mal trago con Richard Howard.

—Está ya en camino. Llegará a Tiger Port en su avioneta particular. Aquí ya no hago nada. Venga conmigo, Teddy.

—¿Me va a detener?

—No lo detengo como sospechoso, sino como testigo.

—Pero yo no vi nada.

—Usted los descubrió y le necesitaremos. No se preocupe. Le trataremos bien. Comerá todo lo que quiera. Y dormirá a pierna suelta, cuando llegue la hora de dormir.

* * *

—Envenenamiento por bióxido de carbono —dijo el *sheriff* Charles Lamont.

Richard Howard, el padre de la joven muerta, tenía cincuenta años, pero ahora parecía mucho más viejo. Estaban en la oficina del *sheriff* de Tiger Port.

—Lo siento, señor Howard. Comprendo cómo se siente, pero debo hacerle algunas preguntas. Cumpló con mi deber, ya sabe.

—Haga su interrogatorio, *sheriff*.

—¿Conocía usted las relaciones entre su hija y ese muchacho, Rock Miller?

—Sí.

—¿Cuándo vio por última vez a su hija?

—El jueves de la semana pasada. Fue por la noche. Ella me planteó el asunto... Estaba enamorada de Rock Miller y quería casarse con él. Me negué rotundamente a darle mi autorización... Pero si hubiese sabido lo que iba a pasar...

La voz de Howard se quebró.

El *sheriff* respetó el silencio durante un rato.

Howard volvió a hablar:

—Quería preservar a mi hija de uno de esos matrimonios

alocados... Sé lo que pasa hoy en las Universidades. Los jóvenes se conocen, creen que están enamorados y cometen el mayor error al casarse. Algunos de esos matrimonios duran días, meses... Casi todos terminan mal. Y eso yo no lo quería para Pétula. ¿Por qué ha tenido que pasarle a ella?

El *sheriff* Lamont no podía contestar a esa pregunta.

—¿Cómo terminó la discusión con su hija, señor Howard?

Richard se mojó los labios con la lengua.

—Ríe dijo que no podía vivir sin Rock y que se casaría con él sin mi autorización. Le advertí que si hacía tal cosa, no esperase que le diese un centavo. Pero no la amenacé con desheredarla. No, no la amenacé de esa forma. Sólo le dije que no le daría un centavo. Ella no debió pensar que yo la iba a abandonar... No debió hacerlo... No tenía derecho a quitarse la vida... Pero ya no se puede hacer nada.

Howard se dirigió hacia el fondo de la estancia y se detuvo dando las espaldas al *sheriff*.

—¡Soy culpable...! ¡Maldita sea, soy el culpable!

Lamont se levantó.

—No se recrimine, señor Howard. Fue una suma de circunstancias y todas coincidieron para que se produjese la tragedia. Esos chicos no pensaron sensatamente. Usted lo sabe tan bien como yo. Los jóvenes de hoy creen que están totalmente desligados de sus padres. Lo sé porque también soy padre. Tengo un hijo de dieciséis años y le juro que a veces siento deseos de golpearle. No me gustan sus ideas ni su forma de pensar, ni su forma de vestir. ¡Ni siquiera me gusta su pelo! ¿Qué les hemos hecho para que se rebelen contra nosotros? Me he pasado toda la vida trabajando por mí mujer y por mis hijos. Y ahí tiene usted a Frank, el muchacho del que le hablo. Con dieciséis años, ya lo tengo en contra de mí. Todo lo que yo digo le molesta. Siempre estoy equivocado, ¿lo entiende, señor Howard? Yo le comprendo a usted y comprendo lo que le pasó con su hija. No debe recriminarse. No, usted no es el culpable, señor Howard. No es el culpable de que su hija y su novio se hayan suicidado.

Howard se volvió hacia Lamont.

—Es usted muy comprensivo, *sheriff*.

—¿Dice que eso fue lo último que habló con su hija?

—Sí.

—¿Y no la volvió a ver?

—No.

—¿Le dijo adónde iba a ir?

—No, no me lo dijo.

—¿Cree usted que ellos se casaron?

—No lo sé.

—No hemos encontrado ningún documento que lo pruebe.

Richard Howard regresó junto a la mesa.

—¿Han informado a la familia de él?

—Desde luego. Uno de mis ayudantes habló por teléfono con el padre de Rock Miller. A propósito, señor Howard, ¿qué clase de familia es la de Rock Miller?

—Sólo sé que su padre es el dueño de un bar.

—¿Madre?

—No, según me dijo Pétula, la madre de Rock murió.

—¿Hermanos?

—Ninguno.

—¿Cuándo se conocieron su hija y Rock Miller?

—Durante el curso pasado, pero según me dijo Pétula ellos apenas se habían fijado el uno en el otro. Fue en la primavera cuando empezaron a salir juntos...

—Señor Howard, ya sabe que estoy cumpliendo con mi obligación.

—Desde luego. Haga las preguntas que quiera.

—¿Sabe que su hija traía con alguna frecuencia a otros jóvenes a su cabaña del lago?

—Ella tenía una llave. Podía entrar en la cabaña cuando quisiese.

—Oh, sí, desde luego.

El *sheriff* Lamont le enseñó un papel que había sobre la mesa.

—Esto fue encontrado en el *living* por el vagabundo. ¿Quiere leerlo, señor Howard?

Richard Howard leyó aquellas palabras: «El día de hoy es malo, y cada día será más malo, hasta que llegue el peor».

—¿Es la letra de su hija?

—Juraría que no. Son letras de imprenta. Pero no me parece la letra de mi hija. ¿Dice usted que estaba en el *living* de la cabaña?

—Sobre la mesa. Debió escribirlo él. Ya hemos terminado, señor

Howard. Y le repito mi pésame.

CAPÍTULO III

Steve Redford entró en la redacción del *Star* de Nueva York.

Frisaba los veintiocho años y era alto, moreno, rostro de facciones varoniles.

—¿Cómo está el niño bonito del *Star*? —le preguntó una mecanógrafa de cincuenta años y con gafas.

Él le tiró un pellizco en la mejilla.

—Quizá salga un día contigo para declararte mi amor —la besó en la punta de la nariz.

—Si mi marido se entera, te demanda para que me lleves a tu casa.

Steve continuó su camino.

Jack Parker, el comentarista internacional, le dijo:

—Steve, ¿por qué no me salvas?

—¿Otra vez China?

—Nadie sabe lo que está pasando allí.

—No te preocupes, Jack. Un día atraparé el avión a Pekín y, con un par de horas que esté allí, pondré las cosas claras. Tú tendrás la primicia sin moverte de esa silla.

Jack le enseñó los dientes.

—Qué simpático eres.

Se encontró en el camino con Budd Carson, que hacía los chistes de actualidad. Se detuvo ante su pupitre y vio la caricatura que estaba haciendo. El presidente Nixon tenía una escoba en la mano.

—¿Qué pie le pongo a esto, Steve?

Redford se tironeó de una oreja.

—«Dicen que de una escoba sale un tiro. No pararé hasta que de la mía salga la bomba de hidrógeno».

—Tiene muy poca gracia —dijo Carson.

—Es que falta algo.

—¿Qué cosa?

—Un ruso que por detrás le dice a Nixon: «Nosotros ya fabricamos el plumero atómico».

—Gracioso, muy gracioso.

—Ideas, niño, ideas es lo que me sobran a mí.

Steve Redford iba a abrir una puerta y tropezó con una joven que salía.

Ella exclamó:

—Hombre, tenemos aquí a la mezcla de Kirk Douglas, Burt Lancaster y Rock Hudson.

—No olvides las gotitas de Paul Newman.

—¿Dónde están las gotitas?

—¿Es que no ves que sonrío como él y pongo cara de bueno?

—¿Cuando te lavas los dientes? Porque no eras bueno cuando venías detrás de mí en tu *living*... Steve. ¿Cuándo me invitas a tu *living*?

—Perdona, Nancy, reparto las invitaciones a mediados de mes. Pero se quedan sin ellas las chicas que se van a casar.

Nancy había anunciado su próxima boda unos días antes.

Ella se puso una mano en la nuca y con aire trágico dijo:

—Yo sería capaz de no casarme con tal de estar una noche en tus brazos —y se marchó contoneándose.

Steve se echó a reír mientras entraba en la sala del infierno. La llamaban así porque era el reducto del director del *Star*. Había primero una antesala donde trabajaban dos secretarias.

Las dos eran jóvenes y monas, una rubia y otra pelirroja.

La rubia pegó un bote en la silla y dijo:

—Me prometiste que nos presentarías a ese locutor de televisión tan guapo, Peter Peters.

—Oye, ¿qué diferencia, hay entre Peter Peters y yo?

—Mucha. Él es más guapo.

—Tú lo ves en la pequeña pantalla. Su cara es puro maquillaje. En cambio mírame a mí. Sólo me echo agua.

La pelirroja dijo:

—Peter Peters es muy alto.

—Pero no más de uno noventa que mido yo —Steve dio una vuelta sobre sí mismo—. Fíjense, muchachas, fíjense, que esto no se ve todos los días.

Una puerta se abrió y algo parecido a un perro ladró:

—¡Eh, el maniquí que se está exhibiendo!

Era el director del *Star*, Clive Forrest, un hombre robusto. Entre los periodistas de Nueva York se decía que lo que Clive Forrest no sabía de periodismo no lo podía saber nadie.

Steve hizo un saludo a las dos secretarias y entró en el cubil de Clive Forrest, quien, como siempre, estaba en mangas de camisa y con el chaleco desabrochado. Se estaba sirviendo agua en un vaso de papel.

—Ande, felicítame, jefe. Diga que el último artículo no lo habría escrito ni usted mismo.

—Basura.

—¿Ya está contaminada el agua también?

—¡El artículo! —exclamó Clive Forrest arrojando el vaso a la papelera.

—¿Qué tiene de malo?

—Para empezar haces un ataque al Pentágono.

—¿Qué es lo que teme? ¿Qué nos envíen tropas de Tierra, Mar y Aire o nos bombardeen el edificio? Sólo me he metido con tres generales.

—Nada más, ¿eh?

—Y seis coroneles.

—Nada más, ¿eh?

—Y también me he metido con un sargento... Pero todos tuvieron que ver con lo que pasó en ese pueblo de Vietnam.

—Oye, muchachito listo, ya hemos tenido un proceso. ¿Y sabes por qué? ¡Por lo de Vietnam!

—El hecho a que yo me refiero ocurrió en 1967 y estamos en 1972.

—Oye, Steve, aprecio mucho tus cualidades como detective.

—Gracias.

—¿Por qué no te metiste a investigador privado?

—¿De quién es la siguiente frase, jefe?: «Un periodista es muchas cosas al mismo tiempo. Un doctor, un abogado, un detective... Un doctor porque atrapa la noticia y la disecciona en trozos para observarlos al microscopio Un abogado porque defiende al pueblo atropellado. Y un detective porque investiga hasta más allá de sus fuerzas la verdad, donde quiera que se encuentre».

Clive hizo una mueca.

—¡De acuerdo! ¡Yo dije eso! Pero se supone que un buen periodista debe hacer uso de sus facultades racionales. ¿Me has oído? ¡Facultades racionales!

—¿Qué soy yo? ¿Un gorila?

—A veces me lo pregunto.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Clive.

Entró una joven que dejó asombrado a Steve porque era bellísima, de cabello y ojos negros, labios gruesos y rojos, piernas esbeltas y senos pronunciados.

—Perdón, señor Forrest, creí que estaba solo.

—No se vaya, señorita Roswell. Le presento a Steve Redford. Es el conquistador del *Star*. Se cree que todas las mujeres han nacido para pasar por su *living*.

—Ya me han hablado de ese *living*, señor Forrest.

—¿Ah, sí?

—Música especial, sillones especiales y, sobre todo, un sofá muy especial.

Steve sonrió.

—Encantado, señorita Roswell, ¿cuándo viene a probar mi comida muy especial?

—Tendrá que disculparme, señor Redford, pero estoy a régimen.

Steve la repasó con la mirada y dijo:

—Hace usted muy bien.

Las mejillas de la joven se sonrojaron.

El director hizo chascar los dientes.

—¿Suspendemos por el momento este torneo de ingeniosidades? ¿Qué quería, señorita Roswell?

—El señor Hale me dijo que fuese a la calle 14. Un borracho atropelló a un niño. Pero el niño solo sufre lesiones sin importancia, simples arañazos. Llamé a la comisaría y un policía amable me informó. Ya quería solicitar su permiso para investigar otro caso que me parece mucho más importante.

—¿A cuál se refiere?

—La muerte de la hija de Richard Howard y de su novio, Rock Miller.

Clive ocupó su sillón y entrelazó los dedos de la mano.

—Señorita Roswell, el *Star* no es un periódico que se dedique a presentar historias sentimentales, aunque terminen en tragedia. Usted ya sabe qué clase de Prensa se ocupa de esas cosas. En nuestro argot se llama: «Prensa amarilla». En otros ambientes se llama «Prensa escandalosa»... Nosotros ya dimos la noticia, señorita Roswell. Justamente se publicó en el número de esta mañana, e informamos bien. Todo lo bien que nos fue posible. Pétula Howard se enamoró de ese muchacho... ¿cómo se llamaba?

—Rock Miller.

—Se enamoró de Rock Miller. Y Rock Miller se enamoró de Pétula Howard. El padre de Pétula, Richard Howard, no vio con buenos ojos ese amor y ellos se suicidaron.

—Quizá no.

—¿Cómo ha dicho, señorita Roswell?

—Quizá fue un asesinato.

Clive Forrest hizo un gesto de asombro y Steve dijo:

—¿Tocado, señor Forrest?

—Silencio, Steve.

—Soy mudo.

Clive cogió un lápiz y jugueteó mientras miraba de nuevo a Jane Roswell.

—Señorita Roswell, ¿por qué cree que fue un asesinato?

—Paul Howard es el único hermano de Richard Howard. Pétula era la única hija de Richard. Ahora, lógicamente, el heredero de toda la fortuna de Richard Howard debe ser su hermano Paul.

—¿Sólo tiene eso, señorita Roswell?

—¿No le parece bastante para iniciar una investigación?

Steve dijo por lo bajo:

—¿Tocado, jefe?

Clive Forrest le dirigió otra mirada de furia.

—Oye, muchacho listo, no te he llamado para que me asesores cómo debo dirigir mi periódico. ¿Entendido?

—Adelante, señor Forrest, demuéstreme cómo dirige su periódico.

—Señorita Roswell, el caso fue investigado por la policía de Tiger Port. Allí hay un *sheriff* y él tiene a muchos colaboradores. Nos hicieron llegar los informes. Los leí atentamente y no hay nada que haga sospechar que se trata de un asesinato.

—Ellos tomaron pastillas de Nembutal. Me refiero a los dos jóvenes.

—Sí, eso dice el informe del forense.

—¿Por qué, señor Forrest?

—Está la mar de claro, señorita Roswell. Ellos decidieron morir felizmente envenenados... No quisieron sentir los lentos efectos del envenenamiento por el bióxido de carbono del tubo de escape. El Nembutal les daba la oportunidad para dormirse.

—Le comprendo a usted.

—Gracias por comprenderme.

—Pero un asesino les pudo servir el Nembutal, para poderlos matar más tarde con el bióxido de carbono del tubo de escape. Quedando los dos jóvenes dormidos, al asesino le sería fácil trasladarlos al coche. La dosis de Nembutal en ambos jóvenes, según el dictamen del forense, es bastante alta. Un poco más y Pétula Howard y Rock Miller hubieran muerto sin necesidad de respirar el bióxido de carbono.

Clive Forrest se había quedado sin habla y Steve preguntó:

—Señorita Roswell, ¿es doctor en Medicina?

—No.

—¿Doctor en Ciencias Biológicas?

—No. Sólo estudié periodismo, señor Redford. Y me aprendí de memoria los libros que teníamos en la Universidad. Pero el libro que más me gustó sobre mi carrera fue uno que no lo teníamos como asignatura. Su título es: *El buen periodista*, por Clive Forrest. Forrest masculló:

—¿Tocado, Steve?

—La herida me sangra, jefe.

La joven tosió suavemente.

—Hay algo más con respecto a la muerte de Pétula Howard y Rock Miller, señor Forrest.

—¿Lo ha oído, jefe? —repuso Steve—. Tiene algo más.

—Silencio, Steve. Adelante, señorita Roswell, ¿a qué se refiere?

—A la frase.

—¿Qué frase?

—A la que estaba escrita con letra de imprenta en el papel que el vagabundo Teddy Brook encontró en el *living* de la cabaña. Lo que decía el papel era esto: «El día de hoy es malo, y cada día será

más malo, hasta que llegue el peor». Yo sé quién escribió eso.

—¿Ella?

—No.

—¿Rock Miller?

—No, señor. No la escribió ninguno de los dos. La escribió Arturo Schopenhauer.

Clive Forrest ladró:

—¿Sabías tú eso, Steve?

—Yo no estoy relacionado con el caso.

—Pero deberías estar relacionado con Schopenhauer. Y no me digas que no conoces a ningún periodista de ese nombre.

—Jefe, ya sé que Arturo Schopenhauer nació en el siglo XVIII y desarrolló todo su trabajo durante la primera mitad del siglo XIX.

Jane intervino:

—Schopenhauer nació en 1788 y murió en 1860. Perdonen, pero hice un estudio sobre Schopenhauer y por eso sé que la frase del papel es de él. Concretamente la escribió en un libro titulado *El Amor, las Mujeres y la Muerte*, página noventa y cuatro de la edición Dungan, que es la que yo tengo... Ustedes saben que Schopenhauer odiaba a las mujeres. Nadie ha escrito frases más hirientes para el sexo femenino. Y yo me pregunto: ¿Cómo dos personas que se quieren, hasta el punto de suicidarse, van a escribir una frase de un autor que aborreció a la mujer, que la consideró como una carga para el hombre, que le negó casi todos los derechos y que la quiso reducir de nuevo a la esclavitud doméstica...? No, señor Forrest, yo no creo en absoluto que esa frase fue escrita por Pétula Howard o por Rock Miller. Y por tanto, la debió escribir otra persona que estuvo en la cabaña. Y si alguien estuvo en la cabaña, he pensado que pudo ser el asesino.

Ahora el que tenía la boca abierta era Steve Redford. Pero rezongó:

—Señorita Roswell, la invito a comer.

—No como.

—A cenar.

—No ceno.

—Oiga, no sabía que llevase un régimen tan severo.

—El régimen severo es para usted.

—¿Y qué calumnias le han dicho de mí?

—¡Silencio, Steve! —exclamó Clive y se echó en el respaldo del sillón—. Señorita Roswell, la voy a autorizar para que haga esa investigación.

Jane sonrió.

—Gracias, señor Forrest.

—Pero tenga cuidado.

—Oh, sí, debo tener mucho tacto. Lo dice usted en su libro *El buen periodista*.

—Olvídese de mí libro, señorita Roswell.

—¿Usted me aconseja que lo olvide?

—Casi todo. Tenga en cuenta que yo escribí ese libro hace más de veinte años. Y las cosas han cambiado. Un periodista, si quiere ser bueno, ha de amoldarse a las circunstancias. Todo evoluciona y el periodismo no podía ser una excepción. ¿Me entiende, Jane?

—Sí, señor, Forrest.

—Suerte, muchacha, y téngame al corriente.

—Hasta luego, señor Forrest.

La joven dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir volvió la cabeza y dijo:

—Espinacas, señor Redford. Sólo espinacas.

—Pues se va a poner como Popeye.

Ella levantó la barbilla con aire digno y salió del despacho.

Steve señaló la puerta que se había cerrado.

—Jefe, ¿le echo una mano?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque tú le echarías las dos.

—No me diga que ella es Caperucita y que todavía no conoce al lobo feroz.

—Por fortuna, ya te vio los colmillos... Y ya tienes un trabajo que hacer.

—¿A cuál se refiere?

—Al Pentágono. Irás a hablar con el general Reisner. Le pedirás disculpas y, de paso, le sacarás los informes que puedas con respecto a la situación militar en China. Quiero que escribas una serie de tres artículos sobre las posibilidades del Ejército Chino para enfrentarse a un ataque enemigo.

—¿Qué enemigo?

—¡Cualquiera!

—A la orden, jefe.

Steve Redford se dirigió hacia la puerta de mala gana. Allí se volvió y dijo:

—¡No me gusta el diálogo con esos altos jefes de Pentágono! ¿Y sabe por qué? ¡Porque no es diálogo!

—¡Silencio, Steve!

Redford salió definitivamente de la oficina de Clive Forrest y se despidió de las dos secretarias lanzándole un beso al aire.

En la sala de Redacción vio a Jane Roswell.

—Hola, monada.

—¿Nos hemos visto en alguna parte?

Steve le sonrió.

—Señorita Roswell, tiene usted mucho talento natural, pero, si no quiere echarlo a perder, trate de desarrollarlo conmigo.

Jane dio un suspiro.

—Señor Redford, cuánto siento renunciar a su profesorado. Pero tengo novio y por favor, apártese un poco, no me manche con la sangre de su herida abierta.

Y luego Jane se alejó de Steve dejando a éste con una mueca de desconcierto.

CAPÍTULO IV

—¿Una periodista? —dijo Paul Howard al mayordomo que le había entregado la tarjeta.

—Está esperando en el vestíbulo.

Paul leyó la tarjeta. Jane Roswell.

—No, William, no la voy a recibir. Dile a la señorita Roswell que estoy muy ocupado.

—Sí, señor.

Paul Howard, al quedar a solas, descolgó el teléfono. Era un hombre alto, bien parecido, de cuarenta años, soltero.

—Hola, nena, soy Paul.

—¿Qué vamos a hacer hoy, Paul?

—Voy al hipódromo.

—¿Otra vez?

—Mi yegua «Rosanna» ha pasado muy mala noche.

—También yo he pasado muy mala noche.

—Pero tú no vales cien mil dólares.

—Paul, un día de estos te voy a sacar los ojos. Está bien, pasa a recogerme.

—No, querida, no puedo. Me harías perder mucho tiempo. Te esperaré en el restaurante del hipódromo dentro de una hora.

—¡Pero no quiero ir sola!

—Así podrás guiñar el ojo a los que te requiebren en el camino.

—Eres un bandido.

Paul Howard se echó a reír y colgó.

Al volverse vio en la puerta a su hermano.

—Hola, Richard. ¿Qué es lo que llevas ahí?

—Dos cartas de Pétula.

—¿Otra vez con eso, Richard?

—Me escribió la primera cuando yo estaba en Londres hace tres meses. Escúchala.

—Creo que te estás atormentando inútilmente.

—Las cartas son muy cortas.

—Está bien. Léelas si quieres.

«Padre: Agoté la dotación económica que me asignaste para este mes. Le pedí a tío Paul doscientos dólares, pero no me los dio. Tengo que felicitaros a ambos por vuestra generosidad. Pero yo sé de dónde sacar dinero. No me hacéis falta ninguno. Saludos y que te diviertas».

—Eh, un momento, Richard. Tú me dijiste que no le diese dinero a Pétula.

—Es cierto y no te recrimino.

—Entonces, ¿para qué lees esa carta?

—Los dos nos portamos mal.

—No digas eso, Richard... Pétula tenía suficiente dinero para sus gastos...

—Escucha la segunda carta.

—¡No quiero oírla!

—¡Te lo exijo, Paul!

—Adelante, si eso te satisface.

Paul sacó un cigarrillo y lo encendió.

Richard leyó la siguiente carta.

«Padre: Estoy en estos momentos con Rock Miller. Tú no lo conoces. Es un compañero de estudios. Un maravilloso chico. Nunca hasta ahora conocí a nadie como él. Le quiero mucho. Tú te burlarás, padre, dirás que es la tercera, la quinta o la séptima vez que creo estar enamorada. No espero que lo comprendas, pero quiero a Rock Miller. Hemos pensado casarnos. Te lo advierto para que no te pille de sorpresa. La semana próxima vendrás de Los Ángeles y entonces te presentaré a Rock. Sé comprensivo. Trátalo bien. Va a ser el

padre de tus nietos. Hasta la semana próxima».

Richard dobló la carta y la unió con la otra, guardándolas en el bolsillo de su chaqueta.

Paul rompió el silencio.

—¿Qué ganas con eso, Richard? Dímelo, ¿qué ganas?

—Me presentó a Rock cuando vine de Los Ángeles.

Richard se dirigió hacia los sillones. Se detuvo y señaló uno.

—Rock estaba sentado ahí. Y ella, a su lado, se levantó cuando yo entré. Rock parecía un poco nervioso y Pétula dijo: “ padre, este es Rock Miller».

Paul sacudió la cabeza.

—Richard, por favor. No puedes hacer nada.

—¡Cállate!

—Yo sé cómo se llama lo que estás haciendo. Masoquismo. Te quieres hacer daño y como no puedes conseguirlo de otra forma, echas mano a los recuerdos.

Richard habló como si Paul no lo hubiese interrumpido.

—«Hola, muchacho» —estaba hablando hacia el lugar donde supuestamente se encontraba Rock Miller—. Y él me contestó: «¿Qué tal, señor Howard? Celebro conocerle». Pétula se echó a reír divertida y dijo: «¿Por qué os ponéis tan serios?»

—¡Basta, Richard!

—Y yo solté mi gran discurso —Richard hizo una pausa—: «Pétula, eres una chiquilla. Y tú, aún no eres un hombre, Rock. Los dos sois demasiado jóvenes. Admito que el amor es algo maravilloso y que llega en el momento más inesperado. Pero la vida tiene sus condicionamientos. No podemos formar un hogar sin tener un futuro». Pétula me interrumpió. «Padre, nosotros tenemos un futuro». Eso fue lo que dijo ella. Y Rock Miller, agregó: «Sí, señor Howard. Pétula tiene razón. Debe confiar en nosotros. Se equivoca si cree que yo he contado con su dinero. Voy a trabajar, señor Howard. Un abogado me pagará trescientos dólares al mes». Y Pétula dijo: «Yo voy a cuidar niños en mis horas libres y tendré tu asignación». Y entonces, yo le dije: «Pétula, no tendrás ninguna asignación si te casas con este muchacho. No la tendrás. Y no pienses que voy a dar mi autorización a esta locura».

—Y los dos se fueron —dijo Paul.

—Sí, Paul, allí acabó. Fue la última vez que la vi viva.

Paul puso una mano en el hombro de su hermano.

—Richard, sé cómo te sientes. Ha sido un golpe terrible para ti.

Pero tienes que sobreponerte.

Richard se apretó las sienes con las manos.

—Debo sobreponerme, pero necesitaré tiempo.

—Perdona, Richard, pero tengo que ir al hipódromo.

* * *

Paul viajó al hipódromo en su convertible rojo. Dejó el coche en el aparcamiento y se dirigió a las caballerizas.

Una joven le salió al encuentro.

—¿Señor Howard?

—Si —dijo Paul mientras sonreía a la joven, que era muy atractiva.

—Soy Jane Roswell.

Paul borró la sonrisa.

—¿Otra vez usted? Perdona, pero no puedo dedicarle a usted un solo minuto.

Paul Howard echó a andar, pero ella le acompañó manteniéndose a su altura.

—Es importante para mí, señor Howard.

Paul se detuvo.

—Señorita Roswell, todo lo que usted quiera saber acerca de la muerte de mi sobrina se lo puede proporcionar el *sheriff* de Tiger Port.

—Me temo que el *sheriff* no me podría contestar a una pregunta. ¿Le gusta a usted Schopenhauer?

—¿Cómo dice?

—Schopenhauer, señor Howard.

—¿Está usted mal de la cabeza? ¿A qué viene esa pregunta?

—¿Sabe quién es Schopenhauer?

—Claro que sé quién es. Estoy licenciado en Literatura alemana.

—¿Alemana justamente?

—¿Tiene algo contra la literatura alemana?

—Pero Schopenhauer no fue un novelista, señor Howard.

—Sé bien que Arturo Schopenhauer fue un filósofo.

—¿Y le gusta su filosofía, señor Howard?

—¿Qué trata de descubrir, señorita Roswell?

—Le pregunté si le gustaba Schopenhauer.

—No, no me gusta Schopenhauer. Y no me gusta usted, señorita Roswell.

—¿Porque soy una mujer hermosa o simplemente porque soy una mujer?

—Señorita Roswell, creo que está mal informada con respecto a mí. Si se hubiese molestado en investigar un poco mi vida privada, sabría que me gustan las mujeres, contra más hermosas, mejor. Por ello, cuando la vi a usted al salir del coche, me causó muy buena impresión.

—Le gusté por mis líneas.

—Sí, señorita Roswell, sus líneas son muy puras, aunque un poco atrevidas. Pero ahora he perdido todo mi interés por usted.

—¿Escribió usted el papel?

—¿El papel?

—La nota que dejaron en la cabaña de Tiger Port.

—No sé a qué se refiere.

—A la frase que había en el papel. ¿No se lo enseñaron?

—No me enseñaron ningún papel.

—Pero seguramente le dijeron lo que había escrito uno de los dos suicidas.

Paul entornó los ojos.

—No, no lo recuerdo.

—Yo sé lo repetiré.

—Lo siento, señorita Roswell, pero ya le dije que no tengo tiempo para escucharla.

—La frase es muy corta, señor Howard. «El día de hoy es muy malo, y cada día será más malo, hasta que llegue el peor».

—Es algo que podría escribir un suicida, ¿no?

—Pero es una frase de Schopenhauer.

—Empiezo a comprender el motivo de sus preguntas. Usted no cree que fuese un doble suicidio, ¿verdad, señorita Roswell?

—No, no pienso que fuese un suicidio.

—En tal caso, sería asesinato.

—Un terrible asesinato de dos jóvenes que se amaban.

Paul forzó una sonrisa.

—Y yo soy su sospechoso número uno.

—Me acostumbraron a hacerme una pregunta con respecto a un crimen. ¿A quién beneficia la muerte de X? Me hice la pregunta esta vez y la respuesta fue Paul Howard.

—Muy lógico.

—Usted heredará de su hermano una cuantiosa cantidad.

—Unos cincuenta millones de dólares, y perdone que no le de los centavos.

—No importa, ya me dirá en otra ocasión la cantidad exacta.

—Me decepciona, señorita Roswell. Yo tengo mi fortuna particular.

—¿Cuánto?

—No se lo voy a decir. Pero le aseguro que puedo vivir sin privarme de nada —señaló hacia las caballerizas—. Ahora iba a visitar a la potranca que compré hace un mes. Me costó cien mil dólares y la podría vender por un cuarto de millón...

—Pero cincuenta millones siempre ayudan a redondearse. Además, podría ocurrir que sus negocios no le fuesen tan bien como usted dice. En ese caso, la herencia de su hermano sería muy importante para usted.

Paul miró fijamente a los ojos de Jane.

—Señorita Roswell, publique alguna de sus ideas con respecto a mí y demandaré a su periódico y la demandaré a usted. Serán ustedes los que tendrán que asesinar a alguien para hacer frente a la indemnización que me tendrían que pagar. Eso es todo.

Paul Howard dio media vuelta y se alejó de Jane.

La joven dio un suspiro mientras veía cómo Paul se alejaba.

Una voz dijo a su espalda:

—Qué dura vida la del periodista.

Se volvió y vio ante ella a Steve Redford.

CAPÍTULO V

—¿Por qué me siguió, señor Redford?

—Por un constipado.

—¿Qué?

—Verá, tenía que hablar con el general Reisner, del Pentágono. Lo llamé por teléfono para concertar la cita y me dijeron que se encontraba en la cama con gripe. Entonces decidí acompañarla.

—Así que todo el tiempo estuvo detrás de mí.

—Observé desde el aparcamiento su diálogo con Paul Howard. Debí decirle cosas terribles, señorita Roswell. El señor Howard no parecía muy encantado con su interrogatorio. ¿Qué le dijo? Le preguntó de buenas a primeras, ¿a qué hora mató usted a su sobrina y a Rock Miller?

Jane se mordió el labio inferior y echó a andar hacia su coche.

Steve la cogió por un brazo.

—Déjeme, señor Redford.

—Perdone mi brusquedad, Jane. Quise hacer un chiste.

—Pues ya se puede reír todo lo que quiera porque acertó. Sólo me faltó preguntar a Paul Howard a qué hora los había matado.

—¿Eso hizo?

—Me amenazó con demandar a nuestro periódico. He fracasado, señor Redford, pero es natural. Me falta lo más importante para un periodista.

—¿Qué cosa es lo más importante para un periodista?

—El tacto.

—Se equivoca, Jane. El tacto no sirve. Usted hizo lo que debía.

—Dice eso para consolarme.

—No, Jane, usted ha espantado a la fiera, obligándola a salir de su madriguera, suponiendo que tenga usted razón y que Paul Howard hubiese preparado el doble crimen.

—Se me escapó de entre las manos. No puedo volver a hablar con él. Y suponiendo que Paul Howard hubiese matado a su sobrina y a Rock Miller, no tengo ninguna prueba ni la tendré. Ahora él se encargará de borrar cualquier pista que hubiese dejado olvidada.

—Mire, Jane, según yo veo las cosas, el informe oficial no deja traslucir ni la menor sospecha de la posibilidad del asesinato. Por tanto, Paul Howard estaba completamente seguro de que todo le había salido bien. Pero llega usted y, más o menos, le dice: «Usted es el criminal, señor Howard. Usted mató a Pétula y a Rock y yo lo sé».

Jane cruzó los brazos.

—Muy bien, yo dije eso, más o menos. ¿Y ahora qué?

Steve se tironeó de una oreja.

—Pues no lo sé.

—Adiós, y gracias por nada.

—Eh, Jane, vamos a comer las espinacas y ya se me ocurrirá una idea.

—Sólo falta que me diga que vaya a su vestíbulo donde lo tiene todo especial, incluido el sofá. No, señor Redford, muchas gracias por su invitación. Pero comeré mis espinacas sola.

—Eso me pasa por tener buenos sentimientos.

—Ja —dijo ella y se fue a su coche.

Cuando salió del aparcamiento, Steve todavía estaba de pie, clavado en el suelo.

* * *

—¿El señor Miller? Soy Jane Roswell periodista del *Star*.

—Pase usted, señorita.

—Gracias. Fui a su bar y me dijeron que usted no había ido por allí desde...

—Dígallo.

—Desde la muerte de su hijo. Lo siento, señor Miller. No quisiera despertar en usted dolorosos recuerdos, pero ya sabe usted cómo es mi profesión.

Spencer Miller era un hombre de unos cincuenta años, de cabello canoso.

El apartamento estaba desaseado. Un cenicero lleno de colillas,

un vaso de *whisky* con dos dedos de licor. Una botella vacía en un sillón, y el aspecto del señor Miller no era mejor, ya que tenía la barba crecida, la camisa sucia por las mangas y los puños.

—Sólo salí para asistir al funeral de mi hijo —cogió el vaso y fue a beber, pero se detuvo—. ¿Quiere un trago, señorita Roswell?

—No, gracias.

Spencer Miller bebió el *whisky* que quedaba en el vaso y miró a Jane con sus ojos enrojecidos.

—¿A qué ha venido, señorita Roswell?

—Quisiera conocer cosas de su hijo.

—Era un gran muchacho... Desde pequeño demostró que valía para los estudios. Yo pensé que lo mejor sería que estudiase Medicina. Tengo un hermano médico. Está en Canadá. Mi hermano Ben podría haber hecho mucho por Rock, pero a mi hijo no le gustaba la Medicina. Prefirió Derecho. Se entusiasmó con la defensa de los humildes. Decía que en nuestro país había que trabajar mucho para que fuesen respetados los derechos que cada cual tiene desde el nacimiento... Tenía que haberlo oído hablar de la libertad del individuo. Era una maravilla, señorita Roswell. Decía cosas muy bonitas. La vida era algo a lo que no podía renunciar.

—¿Decía eso?

—Sí, y por eso no comprendo por qué cambió tanto.

—¿Quizá por Pétula Howard?

—Ella no me produjo esa impresión.

—¿La conoció usted?

—Rock la trajo aquí una vez.

—¿Y qué le pareció Pétula?

—Comprendí por qué se querían. Ella estaba muy contenta de querer a Rock. Lo estaba, señorita Roswell, estoy seguro. Yo he aprendido a observar cómo se miran las personas, y Pétula miraba a mi hijo con... amor. Se lo juro. No podía equivocarme. Ella quería a mi Rock.

—¿Y Rock con respecto a Pétula?

—Se enamoró de esa chica. Puedo asegurárselo, señorita Roswell. Se enamoró.

—¿Y no abandonó sus estudios?

—No, señorita Roswell. Todo lo contrario. Rock estudió más. Yo a veces le decía que iba a caer enfermo. Dormía muy poco. Seis

horas a lo sumo. Rock me decía que no me preocupase. Que con seis horas tenía bastante, y aun con menos.

—¿Cuándo decidieron casarse?

—Rock me lo dijo hace cosa de dos semanas. Sí, exactamente, hace dieciséis días.

—¿Se opuso usted?

—De ninguna manera. Yo no me podía oponer. Rock me hizo ver la situación. Probablemente, el padre de ella se opondría. Yo le contesté a Rock que no se tenía que preocupar. Que mi casa era de ellos dos, pero Rock no quiso aceptar. Dijo que yo tenía que darme cuenta de que deseaban vivir solos. Y me pareció muy bien. Sí, señorita Roswell, a mí me pareció bien que Rock y Pétula quisiesen vivir solos. Pero le advertí a Rock que yo les ayudaría. Ah, eso sí. Me refiero a la ayuda económica. Y Rock dijo que ya había pensado en eso y que iba a trabajar de pasante con un abogado, con Red Walker.

—¿Pétula y Rock se casaron?

—Yo no lo sé. Rock se despidió de mí el viernes. Dijo que se iba con Pétula.

—¿Adónde?

—Tampoco me lo dijo. Me dio un beso y me dijo: «Padre, solo estaremos tres días fuera. Volveré el lunes». Esas fueron sus últimas palabras —Spencer Miller sollozó mientras inclinaba la cabeza sobre sus brazos—. Pero no volvió.

Jane dejó correr unos segundos.

—Señor Roswell, creo que le aceptaré un trago.

El levantó la cara y sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

—Oh, sí, ahora mismo le sirvo.

Se levantó y sirvió el *whisky* en un vaso.

Jane bebió un trago. Sintió que el *whisky* le abrasaba la garganta.

—Señor Miller, ¿le habló Rock en algún momento del tío de Pétula, de Paul Howard?

—Sí, me habló de él.

—¿Y qué le contó?

—Una escena bastante desagradable.

Todos los sentidos de Jane se alertaron.

—¿A qué escena se refirió?

—Verá, Rock estaba en la Universidad y recibió la visita de Paul Howard... Rock no lo conocía. Fue él quien se dio a conocer diciendo que era el tío de Pétula. Paul Howard le dijo a Rock que no debía seguir con Pétula. Que sus relaciones no contaban con la aprobación de la familia Howard... Rock no debía pensar siquiera por un instante en casarse con Pétula.

—¿Y qué le contestó Rock?

—Que él no necesitaba la aprobación de Richard Howard para querer a Pétula. Y que él se bastaría para cuidar a Pétula si se casaba con ella. Sí, señorita Roswell, eso fue lo que le contestó mi Rock, y no me negará que él tenía razón.

—Desde luego, señor Miller.

—¿Por qué esos hombres son tan creídos? Piensan que el dinero lo es todo, y se equivocan.

—¿Cómo terminó la entrevista entre Paul Howard y Rock?

—Paul lo amenazó.

—¿Lo amenazó? ¿De qué forma?

—Le dijo que si seguía con Pétula, se lo haría pagar.

Jane se quedó pensativa y murmuró para sí: «Se lo haría pagar. Paul Howard se lo haría pagar».

—¿Ocurrió algo después, señor Miller, quiero decir si el señor Howard intentó algo contra Rock?

—No.

—¿Cuándo visitó Paul Howard a Rock en la Universidad?

—Hace unos diez días.

Jane se levantó. Había visto una pequeña biblioteca con libros. Entre ellos no había ninguna obra de Arturo Schopenhauer. Pero había un libro de Stendhal, el que se titulaba *Del Amor*.

Jane vio que el señor Miller estaba sirviendo más *whisky*. Cogió aquel libro de Stendhal y lo abrió.

Tenía una dedicatoria: «A Rock con todo el cariño de Debbie».

—Perdón, señor Miller, ¿quién es Debbie?

—Debbie Lewis, una compañera de Rock. Le regaló ese libro en su último cumpleaños.

—¿Estaba enamorada de Rock?

—Sí, creo que sí. Pero Rock solo sentía por ella una sincera amistad.

—Entonces, a Debbie le debió sentar muy mal que Rock la

dejase por Pétula Howard.

—Imagino que sí, pero yo no lo noté. Debbie es una chica muy simpática y alegre.

—¿Dónde podría hablar con ella?

—En la Universidad. No conozco su domicilio. Pero espere, Rock tenía apuntado su número, ahí en el cuaderno que cuelga de la pared, junto al teléfono.

—No se moleste —dijo Jane.

El cuaderno era alfabético. Jane buscó en la L. Pero no estaba allí. Miró la hoja correspondiente a la D. Sí, allí constaba el número telefónico de Debbie Lewis.

—¿Me permite llamar, señor Miller?

—Desde luego.

Jane marcó el número y oyó una voz juvenil.

—Quiero hablar con Debbie Lewis.

—Soy yo.

—Debbie, soy una amiga de la familia Miller. Mi nombre es Jane Roswell y trabajo para el *Star*.

—¿Periodista?

—Sí, estoy haciendo una información de rutina sobre Rock y el señor Miller me habló de usted. ¿Podríamos hablar?

A la otra parte hubo un silencio.

—¿Está ahí, Debbie?

—Oh, sí, señorita Roswell. No se ha cortado la comunicación. Estaba pensando. ¿Le viene bien dentro de una hora en la Cafetería Lucas, de la Calle 82 Este?

—De acuerdo, estaré allí.

CAPÍTULO VI

—Hola, Debbie, gracias por haber venido. Soy Jane Roswell.

—¿Cómo me ha reconocido, señorita Roswell?

—El señor Miller me enseñó una fotografía de Rock y de ti.

—Oh, sí, nos hicimos unas cuantas.

Debbie tenía diecisiete años y era rubia, de ojos verdes, muy mona. Llevaba un suéter muy ceñido y minifalda. Estaba bebiendo un refresco con una pajita.

—¿Qué va a tomar, señorita Roswell?

—Un *bitter*.

Debbie pidió el *bitter* a un camarero.

—¿De qué quería hablarme, señorita Roswell?

Jane estaba mirando a su alrededor. En el local había muchos estudiantes. Fijó sus ojos en el rostro de Debbie.

—Debbie, tú conocías bien a Rock y a Pétula.

—Desde luego. Éramos compañeros los tres.

—¿Los has creído capaces de suicidarse?

Debbie parpadeó.

—¿No se suicidaron?

—Es lo que trato de investigar.

—Caramba, no había considerado esa posibilidad.

—Entonces tu respuesta a mi pregunta es que ellos podían suicidarse.

—No sé. Tenían las cosas mal. Quiero decir que el padre de Pétula no quería a Rock.

—¿Te lo dijo él?

—No, fue Pétula.

—¿Qué te dijo Pétula?

—Que se casaría con Rock, aunque no esperaba que su padre le diese su autorización. Todo lo contrario, esperaba que su padre se

opusiese, incluso que la desheredase. Pero a Pétula no le importaba. Dijo que quería a Rock y que eso era lo único que contaba para ella.

—¿Se casaron?

—Pues no lo sé.

—¿Cuándo los viste por última vez?

—El viernes de la semana pasada.

—¿Dónde?

—En la Universidad.

—¿Hablaste con ellos?

—Sí, un poco.

—¿Y de qué hablasteis?

—Pétula me dijo que había leído el parte meteorológico y que iba a hacer muy buen tiempo durante el fin de semana.

—¿Por qué dijo eso?

—No sé. Se habla de tantas cosas...

—¿Te pareció que estaba contenta?

—Ahora que lo dice, creo que estaba muy contenta.

—¿Y Rock?

—También lo estaba.

—Entonces te sorprendería mucho la noticia de que se habían suicidado.

—No se puede imaginar lo que me dolió. Yo los quería mucho —Debbie se mordió el labio inferior—. Imagino que el señor Miller le habrá hablado de Rock y de mí.

—Un poco.

—Bueno, yo quería a Rock. Estaba enamorada de él. Pero ya pasó.

—¿Quizá dejaste querer a Rock cuando él se enamoró de Pétula?

—En esto del amor, una nunca sabe cuándo empieza y cuándo acaba. ¿No le parece, señorita Roswell? De pronto, te sientes cautivada por un hombre y piensas que no puede haber otro en tu vida. Pero nos equivocamos. Llega un momento en que ese hombre ya no nos interesa tanto, y lo olvidamos cuando aparece otro.

—¿No eres un poco voluble, Debbie?

La joven se encogió de hombros.

—Es posible que sea voluble. No lo sé. Pero es mi naturaleza, o como quiera usted llamarlo. Últimamente ya no me interesaba Rock.

—¿Y quién lo sustituyó?

Debbie dio un suspiro.

—Es un amor imposible... Un profesor, y ya está casado. Pero una tiene su experiencia... Sé que dentro de algún tiempo el profesor será sustituido por otro. Me pregunto quién será.

—Supón por un momento que Rock y Pétula hubiesen sido asesinados.

—¡Eso es horrible!

—He dicho que lo supongas. ¿Quién podría haberlos matado?

—Es absurdo, señorita Roswell. ¿Quién podría querer matar a Rock y a Pétula? Ellos eran estupendos. Puede preguntarlo a quién quiera. Ahí tiene a Jimmy Austin.

Jane siguió la dirección que los ojos de Debbie le señalaban.

Jimmy Austin era un muchacho de la misma edad que Debbie, con largas melenas, muy guapo. Sonreía hablando con otro joven tres meses más allá.

—¿Qué estudia Jimmy Austin?

—También Derecho, pero va muy atrasado. Sus padres tienen mucho dinero, aunque no tanto como el de Pétula. Jimmy dice que no le importa acabar la carrera cuando tenga treinta años. Es un gran chico y tiene un apartamento precioso. De vez en cuando organiza una fiesta. Fue precisamente en esas fiestas donde empezaron a conocerse mejor Pétula y Rock. Bueno, en aquella época Jimmy y Rock eran inseparables.

—Me gustaría hablar con Jimmy. ¿Puedes traerlo?

—Desde luego. Espere un momento.

Debbie se levantó y fue a la mesa de Jimmy Austin. Los dos se pusieron a hablar. Jimmy miró un par de veces a Jane. Y finalmente se levantó y se disculpó con su compañero.

Debbie y Jimmy se acercaron.

—Señorita Roswell, le presento a Jimmy Austin.

—Hola, señorita Roswell.

—¿Qué tal, Jimmy?

—Muy dolorido. Rock era un gran amigo mío.

—Debbie me lo ha dicho.

—Ya se puede imaginar cuál es mi estado de ánimo. Es terrible lo que le ha pasado al pobre Rock.

Debbie se sentó en su silla y Jimmy ocupó otra.

—¿Cuándo viste a Rock por última vez, Jimmy?

—Rock se despidió de mí el viernes. Bueno, en ese momento yo no creía que fuese una despedida para siempre. Iba a hacer un viaje con Pétula.

—¿Adónde?

—No me lo dijo.

—¿No se lo preguntaste tú?

—Desde luego, se lo pregunté, pero no me lo quiso decir. Sólo dijo que se iba con Pétula lejos de Nueva York.

—¿Esas fueron sus palabras? ¿Lejos de Nueva York?

—Oh, sí, fueron justamente las que empleó.

—¿Y para qué se iban lejos de Nueva York?

—Pues no lo sé.

—¿Dónde fue esa despedida?

—En mi apartamento.

—¿Estaba allí Pétula?

—No, Rock vino solo. Se lo diré todo, señorita Roswell. Rock me pidió prestados doscientos dólares. Yo, naturalmente, se los dejé.

—¿No te interesaba saber para qué quería los doscientos dólares?

—Señorita Roswell, habría sido una falta de delicadeza por mi parte.

—¿Le hiciste otros préstamos con anterioridad?

—Sí.

—¿Te devolvió el dinero?

—Siempre.

—Rock se llevaba muy bien con su padre, ¿por qué no le pidió el dinero a él?

—No lo sé, señorita Roswell.

—A Rock le fueron encontrados nueve dólares cuando hacía tan solo unas cuatro horas que había muerto... ¿Dónde se pudo gastar el resto, hasta los doscientos dólares? ¿Y en qué?

—Lo ignoro, señorita Roswell, aunque imagino que el pasar tres días fuera de casa justifica esa inversión ¿no le parece?

—Sí, Jimmy, tienes razón. Pudo gastarse el dinero en el lugar donde pensaba ir con Pétula. No se sabe cuándo ocuparon la cabaña donde encontraron la muerte.

—¿Encontraron? ¿No le parece más correcto decir donde

buscaron la muerte?

Debbie intervino:

—La señorita Roswell ha pensado en la posibilidad de que Pétula y Rock fuesen asesinados.

Jimmy hizo un gesto de perplejidad.

—¿Piensa de verdad eso, señorita Roswell?

—Sí.

—Pero..., pero. ¿por qué?

—Es solo una hipótesis, Jimmy. Pero está bien fundamentada.

—¿Fundamentada en qué?

—En todo lo que voy sabiendo acerca, de Pétula Howard y Rock Miller. No creo que fuesen capaces de matarse.

Jane se levantó.

—Adiós, chicos y gracias por todo.

—Se marchó del bar y viajó en su automóvil hasta el edificio donde se ubicaba su apartamento.

Se estaba duchando cuando sonó el teléfono.

Se tuvo que dar prisa en cubrirse con un albornoz muy cortito.

—Ya voy... ya voy —dijo porque el timbre seguía sonando.

Descolgó.

—¿Diga?

No le contestaron desde la otra parte.

—Oiga, ¿quién hay ahí?

—Señorita Roswell —era una voz rasposa, como la de un hombre de ciento ochenta años después de haber estado bebiendo *whisky* ciento setenta y nueve, o cómo el ruido de una lima chirriando sobre una barra de hierro.

—Sí, soy Jane Roswell, ¿quién es usted?

—El hombre que podría matarla.

CAPÍTULO VII

Eso había dicho su interlocutor, el hombre de la voz rasposa.

Jane sintió un escalofrío por la espina dorsal.

—¿Quién es usted?

—No espere que se lo diga, señorita Roswell.

—¿Por qué me amenaza?

—Usted lo sabe bien.

—Oh, sí, perdone. Esta mañana sin darme cuenta arrojé una cáscara de plátano a la calle. ¿Fue usted el que resbaló?

—Déjese de chistes, señorita Roswell. La mataré si no se está quieta.

—¿Quiere decir que debo meterme en un armario y no salir en todo el día?

—Es preferible que esté en un armario de su casa a un cajón de la Morgue.

—¿Y por qué me iba a pasar eso, señor como se llame?

—Cambie de información.

—¿Cómo ha dicho?

—Que cambie de información.

—¿No debo investigar la muerte de Pétula Howard y la de Rock Miller?

—Ya lo ha dicho.

—¿Por qué no voy a investigar esa doble muerte?

—¿Es que no leyó los periódicos? Fue considerado como un doble suicidio por la policía.

—Yo no soy policía.

—No me importa. Usted se está quieta y nada más. No dé un paso más para investigar lo que ocurrió en la cabaña.

—¿Y qué ocurrió en la cabaña? Dígamelo usted y no tendré necesidad de investigarlo.

—Ellos se suicidaron.

—¿Cómo lo sabe, señor como se llame? ¿Estaba usted allí?

Sólo oyó la respiración entrecortada del hombre que estaba al otro lado del hilo.

—¿Es que no me oyó, señor como se llame? Conteste. ¿Cómo murieron Pétula Howard y Rock Miller? ¿En qué momento les dio el Nembutal, señor como se llame? ¿Le costó mucho trabajo transportarles hasta la cochera?

—¡Cállese, señorita Roswell!

—Estoy esperando sus respuestas. Dígame lo que quiero saber y quizá me calle.

—¡Yo estoy hablando muy en serio, señorita Roswell!

—Y yo también.

—¡Se estará quieta si no quiere acabar como ellos!

—Por fin lo dijo. Voy a acabar como ellos, ¿eh?. ¿Me dará también el Nembutal? ¿Y me hará tragar el bióxido de carbono de mi coche? ¿O se esforzará un poco para matarme de una forma distinta? Sí, creo que tendrá que pensar un poco. No me puede matar como a Pétula Howard y a Rock Miller. La policía no admitirá la coincidencia. ¿Por qué una periodista que investiga el doble suicidio de Pétula Howard y Rock Miller va a morir como ellos? ¿No le parece que ellos sospecharán, señor como se llame?

—¡Basta, señorita Roswell!

—Eso le digo yo. ¡Basta, señor como se llame! Empiece por decirme su nombre y quizá me anime a encontrarme con usted en cualquier parte. Le haría un favor. Todo asesino necesita descargar lo que lleva dentro.

—Es usted más estúpida de lo que yo pensaba.

—Y usted más ingenuo de lo que yo creía.

—Se lo repetiré por última vez. ¡No siga adelante o la mataré!

Jane oyó un golpe y la línea quedó libre.

Dejó el auricular en la horquilla y se dio cuenta de que estaba fría como el hielo.

Había estado desafiante, como si realmente se sintiese fuerte, pero ahora le fallaron las piernas y tuvo que apoyarse en la mesa. Su interlocutor la había amenazado con matarla.

Se fue al dormitorio y se frotó fuertemente el cuerpo. Luego se desprendió del albornoz y se puso el camisón y la bata.

Estaba emocionada. Cada vez más emocionada. Tenía razón. Sospechó que Pétula y Rock no se habían suicidado. Y allí tenía la prueba. El asesino se había puesto en contacto con ella.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

Jane lanzó un grito.

Se sintió más atemorizada que en cualquier otro momento.

De nuevo sonó el timbre.

Salió de su dormitorio y quedóse mirando la puerta del apartamento. Podía permanecer callada, como si no estuviese allí.

Pero el asesino sabía que estaba.

No habían transcurrido ni diez minutos desde la llamada. Y el asesino pudo haber usado un teléfono cercano a su casa. Sin ir más lejos, a unos cincuenta metros, en la calle, había una cabina.

Tenía que ser él. La había seguido desde la cafetería Lucas. Había hecho su llamada y ella, al contestar de aquella forma, casi riéndose de él, lo había exaltado. Se puso en el lugar del asesino. ¿Por qué dejar para otro momento lo que podía hacer ahora? Y eso significaba su muerte.

De nuevo oprimieron el botón desde el corredor.

Tenía el teléfono. Podía llamar a la policía y ellos sorprenderían al asesino. ¡Deprisa, Jane, deprisa!

Descolgó el teléfono con mucho cuidado y entonces oyó la voz de Steve Redford.

—Jane, ¿qué le pasa? Sé que está ahí.

Dio un suspiro y dejó el receptor en la horquilla.

Entornó los ojos, pensando mientras miraba el teléfono. Naturalmente el hombre que le había llamado simuló la voz. No, nadie podía tener aquella voz tan carrasposa que le había hecho recordar el roce de una lima sobre un barrote o el de un hombre de ciento ochenta años que había pasado toda su vida bebiendo *whisky*. Ya tenía la respuesta. Había sido Steve Redford. Y sabía por qué. Para entrar en su apartamento y prestarle su ayuda. Ya podía imaginar lo que Steve le iba a decir: «¿Se siente sola, señorita Roswell?» O quizá le dijese: «Señorita Roswell, es usted muy joven y no tiene bastante experiencia para enfrentarse con un caso criminal».

Oyó otra vez la voz de Steve.

—¡Jane! ¿Qué le pasa, Jane? ¡Si no abre, echo la puerta abajo!

Jane se acercó a la puerta y contó hasta diez antes de abrir.

Steve entró como un ciclón porque estaba cargando el hombro sobre la puerta. Fue a parar al centro del vestíbulo.

—Jane, ¿por qué no me abría?

Fue hacia ella y la cogió por los brazos.

—¿Se encuentra bien, Jane?

—A punto de desmayarme.

Jane ya lo había decidido. ¿Por qué no seguir la comedia? Era lo mejor para sorprender a aquel hombre que se creía tan listo.

—Venga conmigo, preciosa. Siéntese conmigo en el sofá.

¿Qué se creía el tipo vivo? ¿Qué aquel sofá era el de su vestíbulo muy especial, del que le habían hablado varias compañeras?

Pero fue al sofá con Steve. Él le cogió una mano y la palmeó con suavidad.

—Cuénteme, Jane. ¿Qué fue lo que pasó?

—Me amenazaron.

—¿Quién?

—El asesino.

—¿El asesino?

—El hombre que mató a Pétula Howard y a Rock Miller.

Steve arrugó el ceño.

—Un momento, Jane. ¿De qué infiernos me está hablando?

—Ya se lo estoy diciendo. De la persona que hizo ingerir el Nembutal a Pétula y a Rock, antes de meterlos en la cochera y envenenarlos felizmente con el bióxido de carbono, como dijo el señor Forrest.

—Pobre Jane, debe haber pasado por momentos difíciles.

Le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí.

Jane supo lo que iba a pasar en la siguiente fracción de segundo. Los labios de Steve se posarían sobre los suyos. Y por eso inclinó la cabeza para que él no la pudiese besar, y apoyó su mejilla en el pecho varonil.

Steve la apretó contra sí mientras decía:

—Jane, es usted muy joven, y debió dejar que yo la ayudase.

Sí, era algo parecido.

—Jane, ahora la voy a ayudar.

Claro, la iba a ayudar en su propio interés.

Ya no pudo soportarlo más.

Eligió la región donde le podía hacer más daño. El hígado. Cogió un trozo de carne y lo retorció con todas sus fuerzas.

Steve pegó un grito y la dejó libre.

Jane pudo escapar y saltar del sofá.

—Jane, ¿es que se ha vuelto loca?

Ella lo señaló con el brazo extendido.

—Fue usted... Ande, niéguelo. ¡Fue usted el que me llamó por teléfono!

—¿Yo?

—Usted. Y nadie más que usted, señor Redford —parodió sus palabras porque no podía parodiar su voz—. «Yo estoy hablando muy en serio, señorita Roswell. Cambie de información. Usted se está quieta y nada más. No dé un paso más para investigar lo que ocurrió en la cabaña. Se lo repetiré por última vez. No siga adelante o la mataré».

Steve se había quedado con la boca abierta.

—¿Le dijo él eso?

—¡Usted me dijo eso!

—Oh, no, Jane.

—Y yo sé por qué. Para entrar en mi apartamento. Me echó el ojo. ¿Verdad, señor Redford? Me vio hoy en el *Star* y se dijo: «Esta también cae, como las demás».

—Tranquilícese, Jane.

—¡Y un cuerno me voy a tranquilizar!

—Le conviene para ser justa.

—¿Qué es para usted ser justa, señor Redford? ¿Rendirse a sus encantos?

—No diga tonterías, Jane. Le voy a confesar algo. Usted me gustó. ¿Y qué tiene de malo que me guste una mujer hermosa? Y usted lo es.

—Ande, dígame que soy la más hermosa que ha conocido.

—Al menos, es la más hermosa que he conocido en el *Star*.

—¿Sólo del *Star*?

Steve se acercó otra vez a ella.

—¡No me toque, señor Redford!

—¿Qué le pasa? Está a punto de sufrir un ataque de histerismo.

—¿Yo histérica? El truco le salió mal, señor Redford. ¡De modo que lárguese!

Steve señaló el teléfono.

—¿Puedo decirle una cosa?

—Si es para confesar, hágalo.

—Es para confesar.

—Adelante, señor Redford —dijo Jane cruzando los brazos bajo los pronunciados senos.

—Yo no marqué su número.

—¡Ha dicho que era para confesar!

—¡Y estoy confesando! ¡Ni siquiera sé su número!

Y allí se volvió con un gesto dramático.

—Ya estoy arrepentido de haberme preocupado por usted. Tiene ingenio, señorita Roswell... Pocas personas habrían sido capaces de sospechar algo acerca de la muerte de Pétula Howard y Rock Miller, tras un informe de la policía que decidió el suicidio de los dos jóvenes. Pero me pareció que se echaba sobre sus hombros una tarea superior a sus fuerzas. La experiencia es un factor importante es nuestra profesión y usted no la posee. A eso vine, señorita Roswell. A tratar de ayudarla. Aunque, en honor a la verdad, besarla de vez en cuando me hubiese venido muy bien.

—¡Adiós, señor Redford!

—¡Hasta nunca, señorita Roswell!

—Desgraciadamente, trabajamos en el mismo periódico.

—Por fortuna, podemos prescindir el uno del otro.

—¡Yo ya tengo esa fortuna!

—¡Y yo también! ¡Y eso va a ocurrir ahora mismo!

Steve abrió de un tirón y salió pegando un fuerte portazo.

Jane permaneció un rato en el mismo lugar. Pero finalmente echó a correr y pasó la cadena de la puerta.

CAPÍTULO VIII

Jane Roswell entró en la Redacción del *Star*.

Su compañera Nancy dijo:

—¿Cómo te fue con el ogro?

—¿Qué ogro?

—¿Quién va a ser? Steve Redford. Vi cómo ponía sus garras mientras me preguntaba por ti.

—¿Qué te preguntó?

—De dónde habías salido. Y yo le contesté: «De un jardín de tulipanes de Holanda».

—¿Qué te contestó?

—Que le gustaba mucho acariciar los tulipanes.

Un botones, Joe, de cara granujenta, se acercó.

—¿Soy indiscreto si interrumpo? Puedo marcharme si están hablando de cosas íntimas.

—Joe —dijo Nancy—, un día te vas a ir al infierno por estar tan cargado de sexo.

—¿Qué se puede cargar en estos tiempos? A propósito de estos tiempos, señorita Roswell, el señor Forrest la está esperando.

—¿Para qué?

—No me lo dijo, pero llévese el paraguas. Conozco bien los ojos del señor Forrest y amenazan tormenta.

—Un momento, Joe. ¿Visitó por casualidad al señor Forrest nuestro querido compañero Steve Redford?

—Sí, Steve Redford estuvo con nuestro amado director hace un rato.

Jane apretó los puños.

—Nancy, tengo el presentimiento de que tu ogro me hizo una faena.

Jane echó a andar y poco después entraba en la oficina de la dirección.

Clive Forrest, en mangas de camisa y con el chaleco desabrochado, examinaba unos papeles.

—Adelante, señorita Roswell —dijo.

—Buenos días, señor Forrest.

—No son tan buenos para mí.

—¿Ocurrió algo?

—Crisis del dólar.

—¿No es eso lo que sucede cada tres meses?

—Crisis en las relaciones entre Inglaterra y el Mercado Común.

—También ocurre cada cierto tiempo.

—Le diré algo original, Jane. Crisis en el caso Howard-Miller.

—Ah, ya. Se refiere al doble suicidio.

—No me podía referir a otra cosa, Jane. Dé por terminado su trabajo, Jane.

—¿Cómo ha dicho, señor Forrest?

—Que se acabó, Kaput.

—¡Ah, no, eso sí que no!

—Señorita Roswell, ¿quién dirige este periódico?

—Usted, señor Forrest.

—Entonces, no volverá a investigar esa muerte. Para nosotros fue un suicidio, lo mismo que para la policía.

—¡Fue ese miserable!... ¡Está celoso!... ¡Teme que yo le quite el pan!

—¿De quién está hablando, señorita Roswell?

—De ese mal compañero que se llama Steve Redford. Fracasó conmigo, señor Forrest. Me quiso tender sus redes, pero yo escapé.

Clive se echó a reír.

—¿Lo encuentra gracioso, señor Forrest?

—Sí, y mucho. Me he imaginado por un momento a Steve con su red, echándola sobre usted. De modo que ya hubo un encuentro entre ustedes en su sofá especial.

—¡En mi sofá! ¡Y no tiene nada de especial! Es un sofá corriente, señor Forrest.

—Qué lástima. Iba a preguntarle qué clase de sofá es el de Steve. Ya empiezo a estar intrigado.

—Señor Forrest, si le parece, volvamos al punto.

—No, no podemos volver al punto, Jane. Tengo trabajo para usted. Irá hoy al pase de modelos de la colección Lafargue. Le

gustarán les trapitos monos que se van a llevar dentro de unos meses.

—¡No me interesan los trapitos!

—Es a la primera mujer que se lo oigo.

—¡Quiero decir que no me gustan en las presentes circunstancias!

—Le tiene que gustar. Usted no hará ya nada con respecto al caso que hemos discutido. ¿Me entiende, señorita Roswell? Váyase a ver los trapitos de Lafargue. ¡Es una orden!

Jane hizo un gesto afirmativo y salió a paso de carga.

Fue derecha al despacho de Steve Redford.

—Hola, Jane —dijo él levantándose de la silla.

—¡Señor Redford, es usted un gusano!

—¿Cómo?

—Uno de esos bichitos que reptan por el suelo... ¡No pensé que fuese tan ruin!

—Tranquilícese, Jane.

—Ya me dijo anoche que me tranquilizase. ¿Para qué? Yo sé para qué, señor Redford. ¡Quería apuñalarme por la espalda! ¡Y ya lo he hecho!

—¿Quién sangra ahora por la herida?

—¿Qué hará usted ahora, señor Redford? Me ha apartado del caso de Pétula Howard y Rock Miller echando mano a sus peores recursos. Claro, usted es un veterano, y el director ha de creer a un periodista experimentado. Yo soy una principiante y no sirvo para eso. Sólo sirvo para hacer la crónica de un pase de modelos.

Steve la cogió del brazo.

—Vamos.

—¿Adónde?

—Sígame.

—¡No me da la gana!

—Va a venir aunque la tenga que coger en brazos.

—No se atreverá.

—Conque no, ¿eh?

Steve caminó hacia ella.

—¡No me toque, señor Redford!

—¿Va a venir conmigo por las buenas?

—¡No!

—Entonces vendrá por las malas.

Steve se abalanzó sobre la joven.

Jane trató de apartarlo pero él la había sujetado férreamente. La izó en el aire y se la echó sobre el hombro.

Jane empezó a golpearle la espalda.

—¡Suélteme!... ¡Suélteme!

Pero Steve salió del despacho y avanzó con paso firme.

Las dos secretarias de Forrest lo vieron pasar y se quedaron asombradas.

Pero más asombrado quedó Clive Forrest al verlo entrar con su carga.

—Steve, ¿es que estás interpretando el rapto de las Sabinas?

—¿Yo, jefe? ¿Yo raptar a una chica como ésta? ¡Antes me tiraría a un pozo!

—¡Socorro, jefe! —gritó Jane—. ¡Auxílieme, jefe!

Forrest pegó una palmetada en la mesa.

—Steve, imagino que tendrás una explicación para justificar esta escena.

—¡Es ella la que quiere la explicación! ¡Dígale por qué fue retirada del caso Howard-Miller!

Steve volvió a la joven, siempre cargada sobre su hombro, para que ella pudiese hablar con Clive Forrest.

—Señorita Roswell, la he apartado del caso...

—¡Por culpa de Steve Redford! —dijo ella—. ¡Steve le convenció para ocupar mi lugar!

—Se equivoca, Jane. Fue Richard Howard.

—¿Qué nombre ha dicho?

—Richard Howard, el padre de Pétula Howard.

—¡No es posible!

—Sí, lo es.

—¿Ha estado aquí?

—No, me llamó por teléfono.

—¿Y qué le dijo?

—Que se había enterado de lo que usted estaba haciendo.

—Fue su hermano Paul Howard el que le puso al corriente.

—Exacto. Paul le mencionó a Richard la clase de entrevista que había sostenido con usted, Jane. ¿cómo pudo hacer tal cosa?

—¿Qué cosa?

—Lo acusó.

—Yo no lo acusé.

—Paul Howard asegura lo contrario. Le dijo a su hermano que usted lo había tratado como si él hubiese asesinado a Pétula Howard y a Rock Miller. Eso no se puede hacer, señorita Roswell. Usted es una profesional. Está en la nómina del *Star*. Richard tuvo la delicadeza de advertirnos, cuando pudo haber ordenado a sus abogados que nos arreglasen las cuentas. No quise herir sus sentimientos y por eso la aparté enviándola al pase de la colección de modelos. ¡Y ya tuvo la explicación, señorita Roswell! ¡Puede llevársela, Miguel Strogoff.

—Vamos allá, Catalina la Grande —asintió Steve.

Jane había dejado ya de hacer fuerza, pero se puso a gritar.

—¡Puedo andar por mí misma! ¡Suélteme!

Steve volvió a pasar por dónde estaban las dos secretarias sin bajarla del hombro.

Sólo la dejó en el suelo cuando estuvo de nueva en su despacho.

Jane estuvo a punto de caer, pero logró apoyarse en la pared.

—Debe estar contento, señor Redford.

—¿Por qué había de estarlo?

—¡Me ha humillado!

Steve exhaló el aire de sus pulmones.

—Me dijo que era un gusano. Y que era ruin por tratar de ocupar su lugar en su investigación. Pero se equivocó. Yo no tengo nada que ver con eso. Y ahora dice que la he humillado. La invité a que viniese conmigo por su propio pie. Pero no quiso acompañarme. ¿Qué le pasa, señorita Roswell? ¿Por qué ocupo el número uno entre sus enemigos? ¿Porque quise ser amable con usted?

Jane quiso contestar, pero le faltaron palabras. Finalmente dio un bufido y salió de la oficina de Steve.

Nancy la recibió con una sonrisa.

—¿Hubo tormenta?

—Y de las buenas.

—¿Rayos y truenos?

—Peor que eso.

—¿Hay algo?

—Me arrojaron una tonelada de rocas encima.

—Pues ya lo sabes para la próxima vez. Ponte chichonera.

—Gracias por tus consejos, Nancy.

Jane estaba enfurruñada. Se sentó ante su mesa. ¿Había sido justa, o había sido injusta con Steve Redford?

Sí, probablemente se había excedido con él.

—Nancy, ¿cómo es el sofá?

—¿El sofá?

—Ya sabes a cuál me refiero. A ese tan especial de Steve Redford.

Nancy se echó a reír.

—Querida, no pienses en él... Steve es de los que no se casan. Resulta simpático, adorable. Pero, no se casa. Y tú eres un crío muy simpático.

—¡No soy ningún crío!

—Oye, todavía no tienes veintitrés años.

—No, no los tengo.

—Pues yo cumplí los treinta. Pero no se lo digas a nadie. Celebré mi veintiocho aniversario en el sofá —Nancy dio un suspiro—. Fue mi mejor aniversario.

—Nancy, no digas esas cosas.

—¿Por qué no he de decirlo, si es verdad?

—Bonita manera de convencerme para que me aleje de Steve Redford.

En aquel momento sonó el teléfono de la mesa de Jane.

—Diga.

—Señorita Roswell, soy Debbie.

—¿Qué pasa, Debbie?

—Tengo que decirle algo importante.

—Dilo.

—No puedo ahora. ¿Podemos vernos dentro de media hora? En la cafetería de Lucas.

—De acuerdo, en la cafetería de Lucas dentro de media hora.

Jane quedó pensativa tras colgar. Clive Forrest le había dicho que se apartase del caso Howard-Miller. Y naturalmente, se apartaría. Pero el pase de modelos era por la tarde. Y ahora eran las once de la mañana.

—Nancy, me voy a almorzar.

CAPÍTULO IX

Debbie estaba sola sentada en una mesa. Comía un bocadillo.

—Hola, Debbie.

—Gracias por haber venido, señorita Roswell.

Jane ocupó una silla y sonrió.

—Ya puedes hablar. ¿De qué se trata, Debbie?

—De Pétula y de Rock.

Debbie dejó el bocadillo en su plato.

Jane sintió un hormigueo en los pies.

Un camarero se acercó y le hizo el pedido rápidamente.

Cuando volvieron a quedar a solas, Jane preguntó: ¿Qué tienes que decirme acerca de Pétula y de Rock, Debbie?

—Se casaron. Celebraron el matrimonio en Concorde. Estado de Nueva Jersey.

—¿Cuándo?

—El viernes pasado a las siete de la tarde.

—¿Quién te lo ha dicho?

—No necesité que nadie me lo dijese. Yo fui testigo.

—¿Tú?

—Los acompañé hasta Concorde. El juez que los casó se llama Albert Young, y vive en la calle Unión 334. Es una casa con jardín.

—¿Por qué no me lo dijiste ayer?

—Tuve miedo.

—¿De qué?

—Todo empezó a complicarse. La boda... la muerte... Estaba confusa. Perdona, señorita Roswell, pero no sabía qué hacer.

Jane puso su diestra sobre la de su informadora.

—Te comprendo, Debbie.

—Gracias, señorita Roswell.

—Pero ahora cuéntamelo todo.

—Pétula me lo dijo por la mañana en la Universidad. Irían a Concorde por la tarde a casarse. Me pidió que fuese su testigo y yo no supe negarme.

—¿Quién fue el otro testigo?

—Un hombre que trabajaba en el jardín del juez Young. No recuerdo su nombre.

—¿Qué pasó después de la boda?

—Pétula y Rock me trajeron a Nueva York. Pétula me dijo que se iban a la cabaña de Tiger Port... Les deseé mucha felicidad y ya no volví a verlos...

—¿A quién se lo contaste, Debbie?

—A nadie.

—¿Estás segura?

—Ellos me pidieron que guardase el secreto y yo no podía traicionarles. No lo hice, señorita Roswell. Es la primera vez que hablo de esa boda con alguien.

—Te voy a pedir un favor, Debbie. Continúa manteniendo el secreto.

—Descuide, no se lo diré a nadie más.

—Mi siquiera a Jimmy.

—Desde luego.

El camarero dejó el bocadillo en la mesa y Jane se lo alargó a Debbie.

—Apuesto a que ahora que compartes el secreto tienes más apetito.

—Pero era suyo.

—No tengo tiempo para almorzar.

—¿Qué va a hacer ahora, señorita Roswell?

—No lo sé. Pero te tendré al corriente.

Jane se dirigió al lugar donde había dejado su auto. Consultó el mapa de Nueva Jersey, hasta dar con el pueblo de Concorde, y se puso en camino.

Concorde era un pueblo pequeño, pero bonito y alegre. La calle Unión estaba al este.

Llamó en la puerta del 334 y le abrió una mujer de cincuenta años.

—Quiero hablar con el juez Young.

La hizo pasar a un salón biblioteca.

El juez Young resultó ser un hombre de sesenta años, de cabello blanco.

Jane le presentó su credencial.

—Juez Young, necesito un certificado de un matrimonio que usted celebró la semana pasada, concretamente el viernes. Los contrayentes fueron Pétula Howard y Rock Miller.

—Sí, los recuerdo bien. Eran unos jóvenes muy simpáticos.

Por la sonrisa del juez, Jane comprendió que no conocía la noticia de la muerte de Pétula y Rock. De esa forma, le resultó más fácil conseguir el certificado. Sí, allí estaba la firma de Debbie Lewis y del otro testigo, Eddie Wilson, junto con los contrayentes, en el libro de actas.

El juez le dio el certificado y Jane le abonó el importe.

Jane se despidió del juez y poco después estaba otra vez en su coche camino de Nueva York.

Se detuvo para repostar combustible y la próxima parada la hizo ante la casa de los Howard.

El mayordomo le abrió la puerta.

—Perdón, señorita Roswell, pero me dieron orden de que no pasase.

—¿Está el señor Howard en casa?

—Sí.

—¿Cuál de ellos?

—Los dos. Pero ya le he dicho...

—Sí, que han dado orden de no recibirme; pero hoy me recibirán.

—Siento contradecirla, pero tendrá que marchar.

Fue a cerrar la puerta, pero Jane dijo:

—Dígale que me envían los muertos.

—¿Los muertos?

—Pétula Howard y Rock Miller.

El mayordomo estaba asustado. Se retiró hacia la derecha y reapareció al cabo de unos minutos.

—El señor Howard la está esperando.

—¿Cuál de ellos?

—Richard Howard.

El mayordomo la precedió hasta el salón biblioteca.

Richard estaba junto a una ventana y la miró con ojos

enfurecidos.

—Señorita Roswell, la perseguiré a usted judicialmente. Creí que bastaría con una advertencia al director del *Star*. El señor Forrest me aseguró que tomaría medidas. Y ahora ha gastado una broma de muy mal gusto al presentarse aquí hablando de los muertos.

—No es una broma. Es la pura verdad.

—¡Señorita Roswell!

—Ellos estaban casados cuando murieron.

Richard enmudeció y sus ojos empezaron a parpadear.

—¿Casados? —tartamudeó.

En aquel momento, Paul Howard irrumpió en la estancia gritando:

—¡No la creas, Richard! ¡Conozco a estos periodistas! ¡Son capaces de inventar las mayores patrañas para conseguir sus fines!

—¿Y cuáles son mis fines, señor Howard? —repuso Jane desafiante.

—¡El escándalo!

Jane sacó de su bolso el certificado de matrimonio que había conseguido del juez Young.

—Lea esto.

Richard desdobló el papel y lo leyó para sí.

—¡Dios mío! ¡Estaban casados!

Paul Howard gritó:

—¡Ese documento será una falsificación, Richard!

—Véalo usted mismo, Paul —dijo Jane.

Richard entregó el documento a su hermano y éste lo examinó atentamente.

Richard buscó con la mano un sillón y se dejó caer en él. Luego se apretó la cabeza con las manos.

—No debí oponerme al matrimonio cuando ellos me hablaron de casarse, Paul.

—¡Te dije que hiciste lo que yo habría hecho en tu lugar!

—¿Y para qué sirvió mi oposición? Se suicidaron por mi culpa.

—¡No se suicidaron! —exclamó Jane.

Richard Howard alzó la cabeza.

—¿Qué es lo que dice, señorita Roswell?

—No pudieron suicidarse después de haberse casado y pasar tres días de luna de miel en la cabaña de Tiger Port. ¿Es que no lo

comprende, señor Howard? ¡No podían suicidarse cuando eran tan felices!

Paul intervino rabioso:

—¿Quién se cree que es usted para determinar cuándo se es feliz o desgraciado? De acuerdo, señorita Roswell, voy a dar por bueno este certificado. Ellos se casaron. ¿Cuándo llegaron a la cabaña, señorita Roswell?

—El viernes. Se casaron en Concorde a las siete. Regresaron a Nueva York para dejar a Debbie. Como verá por el certificado, ella fue uno de los testigos. Y luego, Pétula y Rock se fueron a Tiger Port.

—Aceptado también. Llegaron a la cabaña el viernes.

Y pasaron allí aquella noche, el sábado y el domingo.

Y debieron pensar en su futuro. No tenían dinero. Mi hermano había amenazado a Pétula con retirarle su asignación. Es fácil imaginar que pasaron por unos momentos de gran depresión. Los dos eran demasiado jóvenes y no supieron encarar el porvenir.

—¡Es la mayor tontería que he oído en mi vida! —repuso Jane. Ellos eran fuertes. Lo eran tanto que se casaron sin necesidad de la autorización de su hermano. Rock ya tenía decidido trabajar con un abogado.

Y mientras tanto, hubiese terminado su carrera. Y apuesto a que Pétula también hubiese ayudado.

—Sí, eso es cierto —dijo Richard—. Me dijo que cuidaría niños.

—Pues ahí lo tiene, señor Howard —Jane habló a Paul—. Los dos se iban a enfrentar con el futuro. Se habían casado enamorados. No existía ningún motivo para que se produjese esa depresión a que se ha referido. Ah, no, nadie me puede convencer de que Pétula y Rock decidieron envenenarse con el bióxido de carbono.

—¿Entonces? —inquirió Richard.

—Fueron asesinados, señor Howard.

—¡No, no puede ser!

—Estoy segura, señor Howard.

—Pero, ¿quién lo hizo?

Paul dio unos pasos hacia Jane.

—¿Por qué no lo dice, señorita Roswell? ¿Por qué no le dice a mi hermano que yo soy su sospechoso?

—¡Cállate, Paul!

—No, Richard. Al punto que han llegado las cosas, no puedo callarme. La señorita Roswell me recordó ayer que, muerta Pétula, yo era tu heredero. La habría matado por cincuenta millones de dólares, ¿no es verdad, señorita Roswell?

—Conteste usted mismo.

—¿No tiene ninguna prueba contra mí!

—No, no la tengo.

—¿Y qué va a hacer ahora, señorita Roswell?

—Esperar la próxima llamada.

—No la entiendo.

—Usted me llamó ayer a mi apartamento.

—¿Yo?

—Sí. Aunque simuló su voz.

—¿Y qué le dije, señorita Roswell?

—Que me apartase de la investigación o me mataría.

Paul sonrió con sarcasmo.

—Su sucia trampa no le vale.

—No es una trampa, señor Howard.

—¿Qué espera, señorita Roswell? ¿Qué confiese algo que solo existe en su mente? ¡Pues no lo espere!

—Ya imaginé que no confesaría.

Paul gritó:

—¡Richard, no continuaré un minuto más bajo el mismo techo de esta mujer! Perdona, pero necesito respirar aire puro.

Arrojó el certificado hacia una mesa y salió de la estancia.

Richard Howard habló con voz ronca:

—Creo que se equivoca, señorita Roswell. Mi hermano no pudo cometer ese crimen, suponiendo que usted tenga razón y fuese realmente un crimen.

—Yo también estoy muy confusa, señor Howard.

—¿No tiene nada que agregar a lo que ha dicho?

—Nada, señor Howard.

—Entonces le agradezco su visita.

—Adiós, señor Howard.

Poco después, también Jane respiraba el aire de la calle, aunque no era tan puro como hubiese deseado.

CAPÍTULO X

Jane Roswell estaba presenciando el pase de los modelos de la colección Lafargue. No había querido regresar a la oficina. Pero tampoco veía ahora a las mujeres de pecho liso que exhibían los trapitos que se iban a llevar durante el próximo invierno. Y no los veía porque su mente estaba en otra parte. En la cabaña de Tiger Port.

¿Cómo era posible que aquellos muchachos, Pétula y Rock, hubiesen estado tres días en la cabaña sin ser vistos por nadie?

Recordaba la declaración del vagabundo Teddy. Había encontrado el frigorífico lleno de alimentos. Rock y Pétula los habrían comprado en alguna parte. ¿En Tiger Port o en el camino? Y si Pétula y Rock fueron vistos por alguien, también pudieron ver al asesino. La respuesta solo la hallaría en Tiger Port. Llegada a esa conclusión, se levantó y se dirigió hacia la salida.

—Hola —oyó una voz que le era muy conocida.

Allí estaba Steve Redford.

—Oiga, ¿es que me está siguiendo?

Algunas personas sisearon.

Steve cogió a Jane del brazo y la sacó de allí.

—No la he seguido, Jane. He venido a buscarla.

—¿Por qué?

—El jefe está indeciso. No sabe si estrangularla con sus propias manos o degollarla con su navaja barbera.

—¿Y a qué se debe mi inminente muerte?

—Paul Howard ha dado orden a sus abogados para que nos demanden.

—¿Eso ha hecho? Entonces tendré que probar que él asesinó a Pétula y a Rock. Hasta mañana, señor Redford.

—Eh, ¿adónde va?

—Ya se lo he dicho.

—Oiga, Jane, ¿conserva sanas sus facultades mentales?

—Las tengo que conservar para defenderme contra Paul Howard.

—La ha armado buena. Aunque ha hecho un buen trabajo descubriendo el matrimonio de Pétula y Rock.

—¿También le dijo eso Paul Howard?

—Y agregó que, según usted, el matrimonio de los dos jóvenes fue la razón que él tuvo para matarlos.

—Señor Redford, deme su pésame y se acabó.

—¿Adónde va?

—A llorar en mi apartamento.

—Lloraremos juntos.

—Ni hablar. No tengo pañuelos para los dos.

—Entonces solo la acompañaré hasta la puerta de su casa.

—De acuerdo, señor Redford.

No, no quería decirle que iba a Tiger Port. Las cosas se estaban poniendo feas para ella. Los abogados de Paul Howard ya se habían puesto en marcha y, si su jefe Clive Forrest la dejaba a la intemperie, podrían hasta encerrarla en la mazmorra.

Viajaron en el automóvil de ella. Y al llegar, los dos saltaron a la acera.

—¿No me invita a tomar una copa, Jane?

—Se me terminó el *whisky*.

—Me conformaré con ginebra.

Jane bostezó.

—Tengo mucho sueño, señor Redford.

—Es muy temprano.

—Pero tuve un día muy movido. Hasta mañana, colega.

No obstante, la acompañó al ascensor y, cuando ella se metió, él lo hizo también.

Jane fue a protestar, pero Steve dijo:

—Sólo hasta arriba.

Subieron en la jaula sin decir nada. Y cuando llegaron a su destino, Jane dijo:

—Aquí se despide el duelo.

—Le deseo dulces sueños, Jane.

—Muy amable. Pero solo será dulce el sueño si el jefe me pide

perdón.

Jane abrió su puerta. Agitó la mano para despedirse y entró en el apartamento.

Una vez dentro, cerró y pasó la cadena haciendo mucho ruido para que Steve lo pudiese oír desde el corredor.

Puso la oreja en la puerta y oyó los pasos de Steve hacia el ascensor y cómo éste bajaba.

Y de pronto un brazo la cogió por detrás. Fue a gritar y otra mano se lo impidió cubriéndole la boca.

Bajó la mirada y vio las manos. Se sintió aterrorizada porque estaban cubiertas con guantes negros.

Una voz sonó en su oído:

—Silencio, señorita Roswell.

Era aquella voz carrasposa. La que se parecía a una lima rozando un barrote.

Era el asesino. ¡El asesino de Pétula y de Rock!

—Se lo dije, señorita Roswell. Se lo advertí. Pero no me hizo ningún caso.

Jane intentó hablar, pero él no la dejó.

—¿Qué le pasa, señorita Roswell? ¿Tiene miedo?

Jane dijo que no con la cabeza, pero estaba muerta de miedo.

Aquel hombre rio.

—Puedo matarla... Quitarle la vida, señorita Roswell. Y me puedo marchar tranquilamente.

Jane le hizo señas para que la dejase hablar y él apartó la mano que cubría su boca:

—No me mate.

—¿Por qué no he de hacerlo? Deme una razón.

—Ya terminé con eso.

—¿Con qué, señorita Roswell?

—Usted lo sabe. Dejé de investigar.

—¿Se refiere a la muerte de Pétula y de Rock?

—Sí.

—Miente, señorita Roswell. Sigue investigando.

Jane quiso volver la cabeza para mirarlo, pero el hombre le apretó la garganta para impedirlo.

Jane sintió un dolor en el cuello. Un poco más de presión por parte de aquellas manos poderosas y le quebraría las vértebras.

—¿Qué quería, señorita Roswell? ¿Verme la cara?

—No —gimió Jane.

—Debió estarse quieta como le aconsejé, señorita Roswell.

—Me estaré quieta.

—Ya no me sirve. No puedo confiar en usted. De modo que voy a tomar las medidas oportunas para que se esté quieta de una vez por todas. Para siempre.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

Jane sintió que su desconocido agresor se estremecía.

Otra vez aquella mano le cubrió la boca y los dos permanecieron quietos, delante de la puerta.

De nuevo se oyó el timbre y luego Jane oyó la voz de Steve:

—Jane, se me ha olvidado algo.

Ella no le contestó. Pero de buena gana le hubiese dicho: «¿Qué hace ahí, infiernos? ¿No dijo que echaría la puerta abajo? Pues échela ahora y, si lo hace con un tanque, mucho mejor».

De nuevo oyó la voz de Steve.

—¡Jane! ¡Si no me abre ahora mismo, echo la puerta abajo!

Lo que ella había pensado. Qué maravilla de Superman.

De pronto le dieron un golpe y cayó en el suelo.

Todo le dio vueltas alrededor.

Pensó que se moría.

Pero todavía tuvo fuerzas para despasar la cadena, levantar la mano y dar la vuelta a la llave.

La puerta se abrió y golpeó contra ella, que estaba de rodillas.

—¿Qué hace ahí? —oyó a Steve.

Jane señaló hacia sus espaldas.

—¿Qué me quiere decir, Jane?

La joven terminó de llevar oxígeno a sus pulmones y gritó:

—¡Maldita sea, no me he vuelto mahometana! ¡Es él!

—¿Quién?

—¿Quién va a ser, pedazo de atún? ¡El asesino! ¡Ha estado a punto de matarme!

Steve corrió hacia el dormitorio.

Jane logró levantarse y se apoyó en la pared. Todavía se encontraba dolorida.

Vio aparecer a Steve.

—¿Lo encontró?

—No vi a nadie. Y también miré debajo de la cama.

—¡La ventana!

—Está abierta.

—Entonces huyó por la escalerilla de incendios.

—Me asomé y no lo he visto.

—Perdió demasiado tiempo, señor Redford. Por favor, deme un trago de *whisky*.

—No tenía *whisky*.

—¡Tengo *whisky*! —señaló un mueble bar.

Steve escanció en dos vasos y le dio uno a Jame.

—A su salud —dijo él.

—¿A mi salud? ¡Han estado a punto de matarme! ¡Y la culpa fue de usted!

—¿Mía?

—Suya por tratar de acompañarme. ¡Yo no quería venir aquí!

—¿Y adónde iba a ir?

—A Tiger Port.

—Entiendo, piensa que allí está la respuesta a todas sus preguntas.

—Es posible.

Jane bebió un trago.

—¿A qué volviste, Steve? —le tuteó.

—Oh, se me había olvidado: a darte un besito.

—¡Te he preguntado seriamente por qué volviste, Steve!

—Y yo te he contestado.

Jane hizo un gesto de sorpresa.

—¿Regresaste para besarme?

—Sí, y al parecer lo hice muy a tiempo porque te libré del asesino.

—¡Olvídate del asesino! ¡Estamos hablando de ti y de mí!

—Es el mejor diálogo que podríamos entablar —dijo Steve.

Jane se impacientó.

—Steve Redford, me vas a contestar ahora mismo a una pregunta.

—Muy bien. ¿De qué se trata?

—¿Cómo es ese sofá especial?

—¿Eh?

—¡El sofá que tienes en tu *living*!

—Será mejor que lo veas.

—¡No quiero verlo!

—Es que resulta difícil de explicar. Mira, Jane, dejemos lo de Tiger Port para mañana. Nos vamos a mi apartamento y te enseño mi sofá.

—¡Y un jamón!

—No tengo jamón, pero sí caviar.

—He querido decir que no iré a tu apartamento. ¿Por quién me has tomado? ¿Por una de esas chicas fáciles que acostumbras a llevarte a tu harén? Oh, no, te equivocas, Steve Redford —levantó la barbilla—. ¡Soy una chica decente!

—Yo prefiero a las decentes.

En aquel momento sonó el teléfono.

Jane descolgó.

—Jane Roswell.

—Señorita Roswell, soy el hombre que la ha podido matar.

CAPÍTULO XI

Era otra vez él con su voz carrasposa.

Jane cubrió el auricular.

—Es él.

Steve acercó su cara a la de Jane, y ella puso el receptor de forma que él pudiese escuchar también.

—¿Qué quiere? —preguntó Jane.

—¿Está ese hombre ahí?

—No, ya se fue.

—Está mintiendo, señorita Roswell. Apuesto a que él está ahí... Ha seguido muy mal camino. Puedo matarla. Se lo he probado. La estuve esperando en su apartamento. Le he demostrado que la puedo matar donde quiera, en su apartamento o en cualquier otro lugar. Déjelo ya, señorita Roswell. La vida es muy hermosa para usted.

—También lo era para Pétula Howard y Rock Miller.

—Ellos tenían que morir.

—¿Por qué?

—Nunca lo sabrá, señorita Roswell...

—Yo sé quién es usted.

—¿Sí?

—Un asesino a sueldo pagado por Paul Howard.

—¿Por qué he de serlo?

—Paul Howard ganaba cincuenta millones de dólares si Pétula moría. Pétula se había casado con Rock y cabía esperar, por tanto, que muy pronto tendrían hijos. Eso significaría que la herencia de Paul se esfumaba...

El hombre que estaba a la otra parte se echó a reír.

—Señorita Roswell, nunca sabrá por qué murieron ellos. Nunca lo sabrá. Y lo que es mejor: nunca podrá probar que fue un crimen.

—Miente. Si usted tuviese seguridad de que yo no lo puedo

probar, no me habría amenazado. Yo le hice salir de su escondite y hasta me visitó en mi apartamento. Eso quiere decir que estoy muy cerca de descubrirle a usted o descubrir al hombre que le paga.

—Se cree muy inteligente. Pero no es ni la mitad de lo que piensa. La próxima vez no tendré compasión de usted. Me ha desafiado, señorita Roswell. Y yo no acepto el desafío. Ya no habrá más avisos. La mataré.

El asesino colgó, pero Jane continuó con el receptor en la mano.

Miró a Steve, cuya cara estaba junto a la de día. Steve la besó con suavidad en los labios y dijo:

—¿Cómo te sientes?

—Muy mal.

Steve la volvió, a besar.

—¿Y ahora?

—¿Crees que con besos se puede arreglar?

Jane colgó el receptor. Bebió de una sola vez el contenido de su vaso.

—Te vas a marear, Jane.

—¿Sólo se te ocurre decir eso después de haber escuchado al asesino?

—Cariño, es que me preocupas mucho.

—No me llames cariño.

—No quiero que te emborraches, calabaza.

—¡No me llames calabaza!

—Entonces, ¿cómo quieres que te llame?

—Por mi nombre: Jane.

—¿Sabes lo que tú eres? La mujer más creída que he conocido en todos los años de mi vida. Terca como una mula.

—¡El mulo lo serás tú!

—Se te metió entre ceja y ceja que la muerte de Rock Miller y Pétula Howard no era suicidio, sino asesinato.

—Y he acertado.

—Nadie podía acertar. Ni siquiera la policía.

—Pero yo usé mi sentido común.

—¿Crees que los demás no tenemos sentido común?

—Eso está por probar.

—Escúchame, Jane Roswell. Yo te voy a domar a ti. Y te voy a domar porque es indispensable que lo haga para que puedas ser mi

mujer.

—¿Tu qué?

—La señora Redford.

—¿Quién te ha pedido ser la señora Redford?

—Tú lo estás pidiendo a gritos.

—A gritos te voy a pedir que te marches de aquí. ¡No quiero ni verte!

—No quieres verme a mí, pero quieres ver el sofá de mi *living*.

—Es simple curiosidad como periodista.

—A mí no me la pegas, creidilla. Estás deseando sentarte en el sofá, conmigo a tu lado.

—¿Quién es el más creído de los dos? Te crees el conquistador número uno, el donjuán americano. Una mirada tuya y una mujer se derrite.

—Creo que ya voy comprendiendo tu complejo.

—¿Mi complejo?

—He hablado con Nancy antes de que nos conociésemos y le preguntaste por mí. Y también preguntaste a Emma y a Lucy.

—Si te crees que me enamoré de ti porque te vi en la conferencia que se celebró en el colegio Macpherson, te equivocas.

—¿Colegio Macpherson?

—El 3 de enero hace tres años.

Steve se echó a reír.

—De modo que estabas allí.

—Y aún te recuerdo, tan pedante, tan dueño de ti mismo. Tropezaste conmigo y me dijiste: «Eres una niñita encantadora, pero esas coletas te sientan horriblemente».

—No recuerdo.

—¡Pues eso me dijiste!

—¿Llevabas coletas?

—Sí.

—Pues debías estar horrible cuando te dije eso.

—¿Por qué no te fijaste en otras cosas?

—¿En cuáles, por ejemplo?

—En mi suéter ceñido.

—Yo solo me fijo en las letras del suéter.

—Pues yo llevaba una Z.

—¿A quién se le ocurre ponerse la última letra del abecedario?

—Oh, claro, a ti te gustan las oes. Y si es una a la izquierda y otra a la derecha, mejor.

—No me tientes porque te sacudo, Jane.

—¿Tú sacudirme a mí?

—Eso he dicho. Es lo que debí hacer cuando llegaste al *Star*. Tratarlo como a una niña, igual que hace tres años.

—No era una niña. Tenía dieciocho años. Y maldita sea, yo no quería ponerme coletas. Fue cosa de mi madre.

—¿Por qué no querías ponerte coletas?

—Porque te vi fotografiado y me imaginé que no te gustarían las chicas con coletas.

—Y para compensar te pusiste el suéter.

—Y no me valió de nada. Ni siquiera que mi amiga Rita me lanzase contra ti.

—Conque te arrojaste sobre mí.

—Sí, señor. Ojalá hubiese pesado noventa kilos y no los cuarenta y cinco. Así te podría haber aplastado como a un reptil.

—Así que viniste casualmente al *Star*.

—Pura coincidencia.

—No, Jane Roswell, ya no puedes echar marcha atrás. Me echaste el ojo y decidiste que no me dejarías escapar... Está bien, me rindo. Lo conseguiste, Jane. Me casaré contigo.

—¡Ahora soy yo la que no quiere! ¡Y no me arrancarás una respuesta afirmativa ni, aunque me tritures!

—Eso es lo que voy a hacer. ¡Triturarte!

Steve se dirigió hacia ella.

—Jane, tú me quieres.

—¡No!

—Jane, que te la ganas.

—¡No quiero verte ni en pintura!

Steve saltó sobre ella, pero Jane lo burló con un quiebro y Steve cayó en el suelo.

Él se levantó con los ojos llenos de furia.

—¡Jane, quédate ahí quieta!

—¡No me da la gana!

—Jane, ¿por qué infiernos no hiciste algo más en el colegio
Macpherson?

—¿Qué cosas?

—Pegarme en la espinilla, morderme una oreja, cualquier cosa para que olvidase tus infantiles coletas y me fijase en tu suéter.

—Me hiciste llorar esa noche. Cuando llegué a mí casa, me miré en el espejo y le dije a mi imagen: «Lo has perdido, Jane. Lo tuviste a tu lado y lo has perdido... Pedazo de estúpida, debiste colgarte de su cuello».

—Eres maravillosa, Jane.

Se besaron y de pronto Jane dijo:

—Oh, Steve, no podemos pensar en el sofá.

—¿Por qué no?

—¡Porque debemos ir a Tiger Port!

CAPÍTULO XII

—Me has dado doce besos y todavía no hemos salido de mi apartamento —dijo Jane.

—Ahí va el treceavo —repuso Steve.

—No, que da mala suerte.

—Entonces me lo saltaré. Yo conozco un procedimiento. Te daré dos besos y saltaremos del doce al catorce.

—¡Pero siempre habrá un número trece! Y te repito que da mala suerte.

—Sólo los tontos son supersticiosos. Te voy a demostrar que no pasa nada con dar el treceavo beso —Steve la besó.

Y en aquel momento sonó el teléfono.

Jane gruñó mientras señalaba con el dedo insistentemente el receptor.

Al fin Steve la dejó libre.

—Tenías razón. Fue el de la mala suerte.

Jane descolgó.

—Jane Roswell.

—Señorita Roswell. Soy Jimmy Austin —la voz del muchacho era muy asustada.

—¿Qué pasa, Jimmy?

—Lo peor. Debbie lo hizo.

—¿De qué estás hablando, Jimmy?

—¡Debbie mató a Pétula y a Rock!

—¿Qué tontería se te ha ocurrido?

—No es ninguna tontería. Tengo una carta de Debbie. Es su confesión.

—Léeme esa carta.

—Sí, señorita Roswell —hizo una pausa y prosiguió—: «Jimmy, no puedo soportarlo más. Yo maté a Pétula y a Rock. Yo quería a Rock, y Pétula me lo quitó. Fui testigo de la boda y creí morirme.

Luego me trajeron desde Concorde. Sabía dónde podía encontrarlos, en la cabaña de Tiger Port. De modo que fui allí. Y ahora vuelvo a la cabaña. No quiero seguir viviendo».

—¿Qué más, Jimmy?

—Eso es todo, señorita Roswell. Luego está la firma de Debbie.

—¿Dónde estás, Jimmy?

—En mi apartamento. Pero voy a salir inmediatamente hacia la cabaña.

—Yo también iré.

—Tengo un «Jaguar», señorita Roswell y llegaré antes que usted. Tengo que impedir que Debbie muera... Hasta luego.

Jane oyó que Jimmy colgaba y ella lo hizo a continuación.

Steve la rodeó con sus brazos.

—¿Qué pasa ahora, bella periodista?

Jane se lo contó.

—Hemos de darnos prisa, Steve.

—Al fin te saliste con la tuya de ir a la cabaña esta noche.

—Y tendrás que correr como si estuvieses en Indianápolis.

Poco después, corrían por la carretera de Los Lagos.

Steve dobló el volante por un camino vecinal.

—¿Qué haces, Steve?

—He ido varias veces a Los Lagos y por este camino se acortan veinte millas.

—¿Con quién has venido a Los Lagos?

—Con chicas.

—¡Cínico!

—Eh, cariño, el matrimonio debe empezar con una confesión en toda regla por parte de los dos contrayentes.

Ella cruzó los brazos enfurruñada.

—De acuerdo. ¿Cuántas mujeres ha habido en tu vida?

—¿Crees que llevo la cuenta?

—¿Más de diez?

—Sí.

—¿Más de veinte?

—Sí.

—¿Y no te confundiste ninguna vez?

—A veces me ha resultado enojoso hablar con una chica a la que yo creía Carola y resultó ser Anne.

—¡Pues hay una gran diferencia entre Carola y Anne!

—Pero no la había en otro aspecto.

—¡Sinvergüenza!

—No seas gruñona, Jane. Lo importante para mí es que todo eso ha acabado.

—¡No te lo creería ni aunque me lo jurases!

—Tendré que jurártelo cuando nos casemos. El matrimonio significa un contrato entre un solo hombre y una sola mujer —Steve dio un suspiro—. Lástima.

—¡Que te saco los ojos, Steve! ¿Qué es eso de lástima? Por lo visto, para ti el matrimonio ideal sería la de un solo hombre con media docena de mujeres.

—No, no lo creas. La vida está muy cara.

—¡Una palabra más y te hago tragar el volante!

—Bien, te he confesado mi parte. ¿Qué hay de la tuya, Jane?

—Cosí, cosá.

—¿Qué quiere decir cosí cosá?

—Que yo también he hecho mis pinitos. No creas que tú eres el primero.

—¿En el colegio Macpherson había un donjuán?

—En todas partes hay un tipo como tú.

—¡Estabas enamorada de mí!

—Sí, pero como tú me resultabas inaccesible, tenía que echar mano a lo que había en casa.

—¡Cínica!

—Oye, ¿eres de los que creen que el marido tiene todos los derechos y la mujer ninguno? Sugeriste que hiciésemos una confesión. Hiciste la tuya yo he hecho la mía.

—¿Punto final?

—Punto final.

Continuaron corriendo por el camino vecinal.

Steve rompió el silencio:

—Creí que eras una inocente paloma.

—Soy una inocente paloma.

—Sí, pero con unas cuantas manchas negras.

—¿Sabes lo que eres tú, Steve Redford?

—¿Qué cosa?

—Un cuervo. ¡Y los cuervos son negros, no tienen manchas!

—Gracias.

—Y no quiero seguir hablando contigo.

Guardaron silencio durante el resto del viaje.

—Nena, creo que estamos llegando.

—Sí, ahí está el lago.

—Yo no sé cuál es la cabaña de los Howard.

—Pero yo sí lo sé.

—¿Estuviste aquí?

—No, no estuve, pero vi el mapa que publicaron los periódicos y la cabaña estaba bien localizada. Es la tercera de la orilla. Y está iluminada.

Se aproximaron a la cabaña y Jane y Steve saltaron del vehículo y corrieron al porche.

Jimmy les abrió.

—Oí que llegaban.

—¿Dónde está Debbie?

—En el dormitorio y se encuentra muy mal.

—¿Qué ha hecho?

—Usó el mismo procedimiento que con Pétula y Rock.

—¿El mismo?

—Se ha tragado casi un tubo entero de Nembutal. Traté de llamar a Tiger Port, pero el teléfono está averiado. Debbie pensó en todo para que nadie la auxiliase.

Steve exclamó:

—¿La has hecho vomitar?

—Lo estaba intentando. Sólo llevo aquí unos minutos. Dejé el coche lejos porque temí que Debbie me recibiese con una pistola.

Entraron en el dormitorio. Debbie estaba tendida en la cama.

Steve le tomó el pulso.

—Tiene el pulso muy débil —le examinó los ojos—. Esta chica está muy mal. Hay que hacerle un lavado de estómago.

La cogió en brazos y la llevó al cuarto de baño.

—Jane, quiero café bien cargado.

Jane echó a correr hacia la cocina.

Steve no consiguió que Debbie vomitase.

—Jimmy, necesitamos la ayuda de un doctor.

El muchacho estaba moviendo las manos nerviosamente.

—Yo iré a Tiger Port, señor Redford.

—No puedo dejar que conduzcas en la situación en que te encuentras.

—Estoy muy afectado.

—No te preocupes. Yo iré por el doctor. Mientras tanto, Jane y tú tenéis que hacer todo lo posible para que Debbie vacíe el estómago.

—Sí, señor.

Steve echó a correr.

Jane salió de la cocina.

—¡Hay café!

—Me voy al pueblo a por un doctor. No he podido conseguir nada. Jimmy y tú lo seguiréis intentando.

—Ten cuidado y no te mates, Steve.

—Ahora no puedo matarme.

Steve salió corriendo de la casa.

Jane fue al cuarto de baño.

Jimmy había sustituido a Steve en el intento para conseguir que Debbie vomitase.

Se oyó el motor del coche de Steve, el chirrido de los neumáticos, y luego aquel ruido se fue perdiendo a lo lejos.

Jane hizo beber café a Debbie y produjo su efecto casi inmediato.

Debbie devolvió.

Un sudor frío le corría por la piel.

Debbie abrió los ojos.

—Oh, usted, señorita Roswell.

—Hola, Debbie.

—Por fin llegó... Tiene que darse prisa... La policía... Deben atraparlo.

—¿A quién tienen que atrapar, Debbie?

—A Jimmy Austin. Asesinó a Pétula Howard y a Rock Miller.

Jane volvió la cabeza y vio a Jimmy de pie, en la puerta del cuarto de baño, sonriendo. Tenía en la mano una navaja barbera.

CAPÍTULO XIII

—Jimmy, ¿qué es lo que vas a hacer? —balbuceó Jane.

—Se lo advertí, señorita Roswell.

Lo dijo con la voz carrasposa. La que se parecía a la de un viejo que hubiera bebido *whisky* durante toda su vida.

Y el oír aquella voz le puso a Jane la piel de gallina.

La navaja barbera estaba abierta y tenía un agudo filo. Y Steve se había largado a Tiger Port. Ella sabía que estaba a ocho millas y la carretera era muy mala porque tenía muchas curvas. Y si Steve debía hacer ocho millas para ir y ocho millas para volver, cuando regresase, Jimmy habría terminado de instalar su carnicería particular en aquel cuarto de baño.

No, nadie podía ayudarla porque Debbie sufría los efectos de un envenenamiento.

Se levantó poco a poco.

—Jimmy, ¿por qué me engañaste?

—Usted me puso muy nervioso... Debió estarse quieta. Se lo dije. Todo estaba en orden. Hice las cosas como las debía hacer.

—¿Hiciste las cosas como las debías hacer, Jimmy? Mataste a tu mejor amigo, a Rock Miller.

—No lo era. Ya había dejado de serlo. ¡Rock prefirió a Pétula!

Jane agrandó los ojos.

—¿Qué es lo que dices, Jimmy?

Debbie habló débilmente:

—Debí decírselo, señorita Roswell. Jimmy es un muchacho anormal.

—¡Cállate, Debbie! —gritó Jimmy.

—Soy una estúpida —repuso Jane—. Tú me lo dijiste en la cafetería Lucas. Debbie, me dijiste que ellos habían sido muy amigos, inseparables. Debí sacar alguna conclusión. Jimmy es

guapo para ser un hombre, pero no se podía comparar con Pétula — trataba de hacer hablar a Jimmy, aunque corría el peligro de que la estratagema produjese los efectos contrarios, que Jimmy, al oírse insultado, precipitase su trabajo de carnicero.

Vio su cara y, por unos momentos, temió que Jimmy se decidiese por usar la navaja barbera.

—Usted no sabe nada de mí, señorita Roswell. ¡No puede saber nada! Fui el mejor compañero para Rock. ¿Lo oye bien? ¡El mejor compañero! ¡Él no tenía que haberme hecho eso! Burlarse de mí.

—¿Se burló de ti?

—Me arrojó de su lado. Me dijo que me largase. Que ya estaba harto de mí...

Jane pensó que Jimmy estaba a punto de echarse a llorar. Entonces caminó hacia él.

—Pobre Jimmy, te comprendo.

—¿Usted me comprende?

—Claro. Dame esa navaja, Jimmy. Yo me voy a ocupar de ti.

—Rock no debió hacerlo... No debió hacerlo.

—Claro que no debió hacerlo. Rock se portó muy mal contigo.

Jane seguía acercándose lentamente a Jimmy. Había aprendido un poco de defensa personal, judo y karate, y sabía cómo golpear a un hombre que estuviese armado.

Lo intentó.

Quiso pegarle un mandoble a Jimmy en la muñeca. Con un golpe como aquel, según el entrenador de su colegio podía partir la muñeca de un hombre.

Pero Jimmy saltó a tiempo y Jane en lugar de golpear la muñeca de Jimmy, dio un mandoble en el filo del baño.

Jane soltó un grito de dolor.

Jimmy se le echó encima.

—¡Maldita, te voy a degollar!

Jane vio la navaja barbera en la mano temblorosa de Jimmy.

—¡Espera, Jimmy! ¡Espera!

—¡Te voy a dejar sin cabeza, condenada embustera!

Jane observó que Debbie se estaba arrastrando hacia ellos.

Jimmy gritó:

—¡Debbie, estate quieta! ¡No es tu turno aún!

—Jimmy —dijo Jane—, ¿cómo los mataste? ¿Cómo te las

arreglaste para que bebiesen el Nembutal? Debiste hacer algo fantástico por tu parte... ¿Cómo te las arreglaste, Jimmy?

—Me presenté aquí con una botella de champán. A Rock le extrañó, puesto que habíamos terminado. Le dije que le comprendía, que me había portado muy mal con él. Quería brindar por su felicidad con Pétula. Pero ellos ya habían bebido y no quisieron probar mi champán...

—¿Qué día ocurrió eso?

—El domingo por la tarde... No, no querían beber, aunque los dos se mostraron muy amables conmigo. Los miserables agradecieron mi visita y con eso me despidieron... Pero yo no me fui. Salí de la cabaña y dormí en mi coche... Yo tenía una llave. Entré en la cocina cuando estaba amaneciendo. En el frigorífico había una botella de leche. Sabía que Rock bebía leche. Y ella también la bebería... Iban a desayunar. Tenían que hacerlo. Puse los comprimidos de Nembutal en la leche y me fui otra vez al coche. Esperé dos horas y al fin me decidí a volver a la cabaña... Entré silenciosamente... No oí ningún ruido... Pensé que podían estar durmiendo... Pasé por la cocina y subí la escalera... Nada, no oía nada... Subí poco a poco... De pronto vi a Rock Miller tendido en el suelo, junto a la puerta del dormitorio que estaba entreabierta... Estaba boca abajo, sin sentido... Pasé por encima de él y empujé la puerta del dormitorio... Pétula estaba en la cama, los brazos y la cabeza colgando... Me fui aproximando a ella... La cogí por el cabello y le di la vuelta... También Pétula había sufrido los efectos del Nembutal... Los arrastré, primero a Rock, luego a Pétula, hasta la cochera. Y puse en marcha el motor. Y luego cerré la cochera. Volví a la cabaña... Y dejé la nota. Escribí lo de Schopenhauer, un tipo que odiaba a las mujeres, como yo... Conocía la letra de Rock Miller y la imité bien. Limpié mis huellas y me marché. Así fue cómo lo hice...

Jane seguía viendo la navaja barbera a un palmo de su cara. Seguía de rodillas y Jimmy no consentía que se moviese.

—Jimmy —dijo.

—¿Me va a felicitar, señorita Roswell?

Le miró a los ojos y dijo:

—Necesitas tratamiento médico, Jimmy.

—Yo no he tomado Nembutal.

—Es otra clase de tratamiento al que yo me refiero.

—Estoy loco, ¿eh? Ande niéguelo. Estoy loco.

—Sólo un poco. Palabra que solo un poco.

—No me importa lo que piense. Va a morir degollada, señorita Roswell. Le haré un hermoso tajo.

—Espera, Jimmy, ¿por qué trajiste a Debbie? ¿Por qué me engañaste? Yo no sabía que tú eras el asesino.

—Usted me desafió.

—¿Yo?

—Sí, la policía se conformó. Pero usted fue la única persona que dijo que aquello no era un doble suicidio.

Usted es una de esas mujeres que se creen muy listas. Y yo no podía consentir que hubiese una mujer más lista que yo. Usted es hermosa, señorita Roswell. ¿Por qué no se conformó con la hermosura que le concedieron? ¿Por qué quería presumir de inteligente? Usted no puede ser más inteligente que yo. Ninguna mujer es más inteligente que yo.

—Pero no hacía falta que trajese aquí a Debbie, Jimmy. Yo hubiese venido creyendo encontrarla.

—Debbie me las tenía que pagar también. Se enamoró de Rock... Ella quería a Rock. Lo adoraba, ¿verdad, Debbie? ¿Verdad que adorabas a Rock?

Debbie respiraba aun fatigosamente.

—Sí, Jimmy. Rock era un gran muchacho. Me enamoré de él. Yo creí que mi amor había pasado y, cuando se casó con Pétula, cuando asistí a la ceremonia, me di cuenta de que todavía le quería, que era el único muchacho que yo había querido.

—Y la muy estúpida me lo dijo. ¿Se da cuenta, señorita Roswell? ¡Me lo dijo que quería a Rock! Y él ya estaba muerto. Todos tenían que odiarlo como lo odiaba yo. Porque fue un miserable traidor. Así que, anoche me dije: «Jimmy, tienes que librarte de las dos al mismo tiempo. Qué gran triunfo para ti. Debbie dejará de querer a Rock cuando esté muerta, y la hermosa señorita Roswell dejará de creerse inteligente».

—Jimmy, tengo que felicitarte.

—Gracias, señorita Roswell.

—Lo pensaste todo muy bien, aunque vayas a fracasar.

—¿Fracasar yo?

—Ya no puedes matar a nadie. Ni a Debbie ni a mí.

—¿Por qué?

—Porque Steve Redford está detrás de ti.

Jimmy lanzó la carcajada.

—Es un estúpido truco, señorita Roswell. El más estúpido que he oído en mi vida.

Jimmy levantó la navaja para degollar a Jane y ésta dio un grito.

Una mano férrea sujetó la mano de Jimmy por detrás, cuando el filo de la navaja estaba llegando al cuello de Jane.

Jimmy se revolvió como una fiera, pero entonces Steve Redford le soltó un terrible puñetazo entre los dos ojos.

Jimmy Austin se desplomó sin conocimiento.

* * *

—¿Entonces no pensaste ir al pueblo, Steve?

—Claro que no pensé ir al pueblo. Aposté a que Jimmy era el promotor del espectáculo, el gran protagonista de su propio *show*. Pero tenía que llevar a su mente la idea de que estaba obteniendo un éxito completo. Me llevé el coche y lo paré a media milla de la cabaña.

—Si llega a ser una milla, no llegas a tiempo.

Steve le pasó un brazo por los hombros, la atrajo hacia sí y la besó en la boca.

—¡Cuidado, Steve! ¡Que nos matamos!

Steve tuvo que soltarla para coger el volante.

La policía de Tiger Port había detenido a Jimmy. El muchacho estaba loco y fue fácil hacerle confesar.

Debbie había ingresado en una clínica de Tiger Port, pero ya estaba fuera de peligro.

Jane dio un bostezo.

—¿Adónde vamos ahora, Steve?

Redford señaló el reloj electrónico.

—Son las doce de la noche, Jane. Y yo también tengo sueño.

Ella movió, la cabeza.

—Para mí el sofá especial.

—Tuyo es —repuso Steve, y los dos se echaron a reír.

Jane Roswell se dijo que, por fin, iba a conocer el sofá especial del muy especial *living* del especialísimo apartamento del superespecial Steve Redford.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

"WESTERN"

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

— y —

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

"CIENCIA FICCION"

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España